

UNIVERSIDAD  
EAFIT



Abierta al mundo  
Biblioteca Sala Patrimonial

9

~~388~~

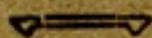




**AVENTURAS**

DE UN

**VIAJERO**



**CRONICAS**

POR

**JULIAN PAEZ M.**



---

Publicadas en "El Nuevo Tiempo" en los me-  
ses corridos de Noviembre de 1920  
a Febrero de 1921

---

4531 - Tip. Arconvar - Teléfono 1621

== **BOGOTA** ==

JORGE RESTREPO URIBE  
BIBLIOTECA

910.2

P127

1921

UNIVERSIDAD  
EAFIT



Abierta al mundo  
Biblioteca Sala Petrolmenel

FAES

*Biblioteca*



UNIVERSIDAD  
EAFIT

Abierta al mundo

Biblioteca Colección Patrimonial

## Aventuras de un viajero

### I

Es cosa vieja por sabida que todo viajero, a menos que sea una mula, va acumulando en su cerebro un acervo de impresiones más o menos interesantes, que luego, al ser contadas después del viaje, ofrecen materia para escribir muchas páginas de lectura no despreciable. Con razón en las grandes capitales del mundo los viajeros de alguna nombradía son asaltados a su llegada por una nube de repórteres y cronistas de todos los diarios, que les obligan a despepitar todas sus peripecias, todas sus aventuras, todas sus observaciones.

Yo, que no me barajo entre los grupos de alto mundo y que estoy impedido para entrar en relaciones con esos viajeros de nombradía, me contento con asaltar, como pescador de agua dulce, a los amigos con cuyas relaciones me honro y en cuya bondad confío.

Así, pues, como conozco desde hace luegos años a Antonio Reyes Otero, comerciante hoy de la Calle Real de Bogotá, introductor de buen gusto y conocedor profundo de nuestro actual estado comercial, y sé cuánto vale su espíritu para esto de acu-

Prentano 26 VIII-82 F. C. J. de Peñepo Uniba

mular conocimientos, de recoger observaciones, de atar cabos, en todo lo que se llama la vida práctica del mundo; y como además Reyes Otero viaja a Europa con tanta facilidad como yo me traslado a casa, desde el día 18 de septiembre de 1919, en que salió de Bogotá para verificar su último viaje, púseme a sus trazas y me dí a la tarea de adquirir todas las noticias que pudiese acerca de él.

Y como yo supiese que su viaje iba efectuándose en medio de mil peripecias de las que presenta el actual revoltillo del mundo, verbi-gracia, huelga de camareros en Barcelona y en Milán, de estivadores en Nueva York, cupo de hoteles en las grandes ciudades y otras novedades por el estilo que bien dan a conocer la situación mundial, lo abordé en su almacén de la Calle Real, no con la grandeza estirada y aplanchada que estilan nuestros cronistas, sino en clase de viejo amigo, y en sabrosa charla, me contó muchas cosas, de las cuales referiré algunas a mis lectores.

—Antes de hablarme de sus extranjerías, que ya me tienen hartos con sus huelgas y bolcheviquismos hábleme algo de Colombia, de su navegación por el Magdalena, de nuestra Costa Atlántica, de todo esto que nos toca tan de cerca y que es de lo que menos nos ocupamos.

—Pues hombre, poco habré de contarle acerca de eso.... Sin embargo, para satisfa-

cer la patriótica curiosidad de usted, que juzgo natural, le diré que mi salida no tuvo peripecia mayor: había agua en el río, lo cual hizo fácil la primera parte de mi viaje. Llegué a Puerto Berrío en donde encontré, como única pero notable novedad, un hermoso hotel, establecido en edificio construído expresamente para tal objeto, de tres pisos, con toda clase de comodidades, deliciosa vista sobre el Magdalena, servicio cómodo y confortable, temperatura fresca que suaviza y compensa los ardores del río. Este hotel es quizá el único del país que se halle establecido en local expresamente hecho para su oficio, y es una mejora de gran valía para aquel puerto que da entrada al progresista y laborioso Departamento de Antioquia. Al día siguiente, 22 por la noche, hubo una violenta tempestad que duró largas horas, en que la luz de las frecuentes fulminaciones eléctricas, me hicieron más fantásticos y admirables los panoramas que presentan las riberas de nuestro río.... Por fin, después de alguna detención en Puerto Wilches, en donde se embarcó el señor Obispo Vicario del Chocó, llegamos en la noche del 24 a Mangangué: precioso y engañoso aspecto el que ofrece de lejos y por la noche aquella población; sus luces, reflejadas en las aguas, le dan el aspecto de un cielo invertido y evocan sueños venecianos....

— Y de día, vista de cerca, ¿corresponde la población a su poético aspecto nocturno? le interrumpí.

— No tal, me contestó. A la luz del día y al entrar en la ciudad, el desengaño es doloroso, por el desaseo y semi ruina de la ciudad!

— No hay por qué sorprenderse de tales desengaños, torné a interrumpirle; ¡cuántos Magangués humanos andan por nuestras calles!

Antonio sonrió ligeramente y prosiguió:

— El 25 llegamos a Zambrano, población que prospera y en la cual hube de admirar varias casas de elegante y reciente construcción.... Allí fuimos obsequiados por el Capitán De Castro, del vapor *Colombia*, en el que íbamos, con una deliciosa cena que llaman «sancocho costeño», consistente especialmente en gallina preparada al uso de la Costa, de un gusto exquisito y otras delicadas viandas.

Al siguiente día tuvimos también otro momento de reunión con motivo de una función de prestidigitación dada por el hábil German, mediante una colecta que hizo entre los pasajeros. Estas pequeñas distracciones, siempre cordiales y alegres, dan tintes gratísimos a la monótona, larga y sofocante travesía de nuestro río.

Aquí fue interrumpido Antonio por uno de sus dependientes para preguntarle si podría rebajar algunos centavos del precio fijado a uno de los finos paños que ha importado últimamente; dada la respuesta afirmativa volvió a mi lado y prosiguió:

— El 26 llegamos a Barranquilla. Aunque yo había solicitado con anticipación desde Bogotá puesto en algún vapor de la United Fruit, que me llevara a los Estados Unidos, quedéme con un palmo de narices, como es de frecuente y casi natural acontecimiento en estos tiempos de muchos viajeros y pocos vapores, y hube de permanecer en Barranquilla obligadamente unos 8 días esperando turno; permanencia que, si agradable por un lado, pues Barranquilla ofrece grato y confortable reposo a los viajeros, por otro no dejó de tener los inconvenientes de lo forzada y costosa.

— Pero supongo que usted sabría aprovechar esos ocho días, le dije.

— Por supuesto, me respondió: los empleé en visitar aquella importante ciudad, en admirar su prodigioso crecimiento y en comprar algunas mercaderías para mi casa de Bogotá. Por fin un día que me preparaba a escribir algunas cartas, llamaron a mi puerta y entró de rondón y con aire triunfal, mi excelente compañero de viaje don Guillermo Pérez Sarmiento, quien me dijo en frase rápida y emocionada:

— ¿Sabe que tenemos puesto para Santa Marta? Pero tenemos que salir esta misma noche, agregó sin dejarme respirar, si es que queremos alcanzar el vapor *Santa Marta* que sigue mañana para Norte América!

Al punto me puse a arreglar mi equipaje y a las cinco y media estuvimos instalados

en el vaporcito *Iris*. Pasámos una noche infernal; la embarcación, pequeña, sin lugar siquiera para colocar los sombreros, y dando trancos como un borracho contra las riberas del caño por donde navegábamos; en ocasiones las ramas de los árboles ribereños rozaban contra nosotros. Como los pasajeros éramos muchos, pasámos la noche medio recostados, hacinados en el entrepuente, lo cual quiere decir que no hubo para qué dormir....

Al día siguiente llegámos a la ciudad de Santa Marta y sobre la marcha fuimos a buscar puesto en el vapor de igual nombre, de la United Fruit, que partía para Estados Unidos. Un catecismo de preguntas que nos hicieron, como operación previa para ser admitidos: entre tales preguntas recuerdo ésta, que entonces juzgué exótica y abstrusa en Colombia: la de que si éramos bolcheviques! Por fin, a las dos y media de la tarde después de un segundo catecismo, pudimos instalarnos en el *Santa Marta*

Aquí fuimos interrumpidos por una multitud de compradores, a quienes Antonio hubo de ir a atender, y como nuestra charla pasaba ya de larga, resolví suspender, para terminar luégo en un segundo capítulo, que será harto interesante, estas aventuras.

Al despedirme, y como recordando algo muy interesante que había olvidado, me dijo Antonio:

—Ha de saber que una de las principales

causas que hicieron grata mi navegación por el río, fue la de que tuve por compañero de viaje desde Girardot, y en el mismo camarote, al culto y caballeroso, verdadero cachaco bogotano, don Carlos Escallón, de quien me confieso deudor de muchas finezas y muchas alegrías....

Y Antonio volvió a atender a sus compradores, y yo salí.

## II

Así que llegué a su escondido escritorio, Antonio suspendió el garrapateo de las muchas cartas comerciales que ocupan casi todo su tiempo, y reanudamos nuestra charla.

—¿En qué dejamos?, preguntó.

—Ibamos en Santa Marta, respondí; estaba usted con el pie en el estribo....

—Ah!, exclamó, ya recuerdo: eran las cuatro de la tarde del 6 de octubre y yo estaba esperando a que me entregaran el camarote que se me había designado, y que aún se hallaba ocupado por otro huésped. Una hora después estuve instalado.

—Tengo curiosidad, le interrumpí, de saber qué sentimientos, qué clase de emociones experimenta un viajero de carne y hueso como usted, de esos que llevan dentro del pecho un corazón perfectamente humano, que parece un relicario, en que guardan afectos, recuerdos, esperanzas de la Patria y del hogar; quiero saber qué sienten en el momento mismo en que el vapor principia a alejarse de las costas patrias.

Antonio se emocionó al oír mi pregunta, y con voz entrecortada principió a decirme:

—Es verdad que los viajeros, después de las mil impresiones que recibimos durante un largo viaje, apenas recordamos a nuestro regreso los lugares más notables que hayamos conocido y las peripecias más fuertes que hayamos tenido, y olvidamos por completo el momento en que decimos adiós a nuestra patria. Pues bien: es difícil para mí, definir el sentimiento que me ha dominado en tal instante; es una mezcla de las tristezas que tiene toda separación y de las alegrías que despierta toda esperanza. El movimiento y animación de la vida a bordo, en los momentos en que zarpa la embarcación, las maniobras de la tripulación, el vocerío de los pasajeros, los afanes de nuestra instalación, nos aturden, sacuden nuestro espíritu con tal fuerza, que nos hacen dejar a un lado nuestro pasado: perdemos la facultad de la memoria, y únicamente, al fin como hombres, pensamos con egoísmo en el momento presente, en el propio yo, y también en el anchuroso porvenir que se extiende delante de nosotros en forma de esa inmensa y tumultuosa masa líquida sobre la cual vamos dejando, no un surco perdurable, como creemos haberlo trazado en la tierra de donde venimos, sino una ligera estela que se borra a nuestro paso; durante estos primeros momentos, sólo el yo del viajero tiene existencia real; el pasado desaparece.... Después, cuando la embarcación entra en alta mar,

nuestro espíritu parece desvanecerse con melancólica voluptuosidad, en los senos de la inmensidad, y nuestro corazón, recobrando sus fueros, se hunde en esa otra inmensidad que se llama el pasado; a la vista del eterno rodar de esas aguas infinitas la memoria empieza su labor de resurrección: el hogar con sus tibios afectos, rincón que hemos ennoblecido con nuestro trabajo, se presenta palpitante ante nosotros; los amigos, las alegrías regionales, nuestros placeres, los sitios frecuentados en nuestros paseos, nuestras costumbres, todo resucita en medio de las soledades del océano: y formando fondo a todo esto, la patria con sus necesidades, con sus grandezas, con sus aspiraciones, con sus glorias....! Cuando tornamos la vista hacia atrás y no vemos ya las queridas costas en que hace pocas horas no más nos embarcamos, un arranque de nostalgia hace presa de nuestro corazón, y sentimos urgente deseo de volvernos; pero el porvenir está allí, el mar, tras de su inmensa mole, nos deja vislumbrar algo nuevo, desconocido, intocado, que nos atrae con fuerza irresistible....

Unos momentos de silencio sucedieron a estas palabras de Antonio: él y yo, como recogidos en nosotros mismos, parecíamos escuchar los aleteos de la patria, del hogar y del pasado, que revoloteaban a nuestro alrededor. De pronto rompí aquel silencio preguntando:

— ¿Y la vida a bordo cómo es?

— En lo general es cómoda, confortable y agradable; pero, como sucede siempre, algunos incidentes, aunque leves y de poca significación, la hacen algo molesta. En el *Santa Marta*, por ejemplo, tuvimos un mayordomo muy estirado, bastante dictatorial, que nos designó, sin consultar nuestros gustos, los puestos que habríamos de ocupar en las mesas del comedor; y aunque yo tuve por compañero a un amable francés, M. Carlos Fetonti, que conocía el español y el inglés y me traducía la carta, escogiéndome con muy buen gusto los mejores platos, y a mi viejo amigo Pedro Jounalou, fui separado de mi compañero don Guillermo Pérez Sarmiento, a quien se colocó en otra mesa; el citado Mayordomo por nada quiso acceder a las súplicas que le hicimos para variar tal designio, hasta que hubimos de contar con el Oficial-Contador, quien accedió a nuestra petición. El Mayordomo aquél, por su estiramiento y modales militarotes, fue bautizado por Pérez Sarmiento con el título de «El Kaiser». Por fin, después de cinco días de navegación, llegamos a Kingston....

—Será bonita esa ciudad, le interrumpí.

—Nada de eso, me respondió. A pesar de ser inglesa, y uno de los puntos más frecuentados por los vapores de casi todas las líneas, aquella ciudad es bastante desaseada y carece de edificios notables; sus casas en lo general son de madera, y sólo se distingue por su arquitectura y comodidades de todo

género, el edificio de un gran hotel cuyo nombre no recuerdo.

Pero sigamos, porque vamos muy despacio: el 12 puse aerograma a mi amigo Víctor Gómez a fin de que me consiguiera hospedaje en Nueva York; el 16 llegamos a aquella ciudad, en cuyo puerto, repleto siempre a toda hora de embarcaciones provenientes del mundo entero, hubo de permanecer largas horas esperando turno, a fin de que revisaran mis equipajes; ha de saber que esta espera de turno es uno de los momentos más fatigosos y molestos que tiene el viajero de hoy; el cansancio del viaje, el deseo de llegar a donde se va, el revoltillo y desorganización de gentes de toda clase, que en estos instantes bullen como abejas, nos marean más que las olas del mar.... Al fin pude abandonar la aduana y llegar al lugar en donde el amigo Gómez me esperaba, para conducirme al boarding.

—Y es verdad, le interrumpí, como dicen aquí muchas gentes, que la vida de Nueva York es un Edén, que así que llega el viajero encuentra trabajo en todas partes, que cada puntada de aguja se paga a dolar; en fin que todos los millones de los magnates de la Quinta Avenida salen al encuentro del viajero?

Antonio meneó la cabeza con ademán negativo; pero como es hombre discreto que no contraría ningún concepto, sino cuando está en plena posesión de la verdad, me dijo:

—Creo que poco de eso sea verdad; la vida actual en aquella metrópoli está muy cara, como en las otras capitales del mundo. Además, juzgo desventajoso para los obreros de nuestro país la lucha por la vida en Nueva York, por lo recio de la faena y por lo múltiple de la competencia. Por lo demás, poco puedo decirle con seguridad acerca de esto, pues apenas permanecí catorce días en aquella ciudad y durante ellos me entregué de lleno a los negocios que allí me llevaban.

Pero noto, agregó levantándose, que ya ha llegado la noche, y como usted estará fatigado, bueno es que suspendamos por hoy nuestra charla.

Y salimos del almacén para dirigirnos a nuestros respectivos cuarteles.

### III

—Como le expresé ayer, me dijo Antonio señalándome un asiento, apenas permanecí catorce días en Nueva York, por lo cual nada puedo decirle respecto a aquella aturdida urbe. Los comerciantes vamos a lo que vamos: llegamos a uno de esos centros fabriles, visitamos las fábricas, escogemos los artículos que nos convengan, los empacamos.... y al barco o al vagón con ellos!.... Hecho el mandado, adiós!

—De modo que nada me puede usted decir de la vida neoyorquina, que se ha tornado en el sueño dorado de las gentes pobres de Colombia?

—A lo menos nada puedo agregar en lo que le dije en nuestra anterior entrevista. Cierto es que allá se encuentra trabajo, que el trabajo se paga bien, y que un obrero activo, inteligente, económico y sobrio, quizá exageradamente sobrio y harto económico, podría facilitarse su vida y hasta ahorrarse algunos centavos; pero no creo que haya muchos obreros de esa especie en nuestro país, que puedan luchar con ventaja contra la gran competencia que allá encuentran, y especialmente contra los inconvenientes de idioma, carestía de la vida y costumbres completamente diferentes a las nuestras.... Es verdad que muchas gentes se han ido, pero no sabemos cuántas de ellas habrán fracasado, esto parece constituir un secreto diplomático, sólo nuestra Legación y nuestros Cónsules podrían revelarlo!

—Y no sintió usted pereza o nostalgia al abandonar la famosa urbe?

—En verdad le digo que salí de aquella ciudad como colegial que entra en vacaciones; me abrumaban su gran ruido, sus ferrocarriles, sus fábricas, todo ese enorme acerbo de civilización que aturde, confunde y casi anula nuestras facultades; allí no se piensa, ni se ama, ni se puede vivir.... la única pena que experimenté al despedirme de Nueva York fue el tener que hacerlo también de mi nobilísimo y dilecto amigo don Víctor Gómez, cuyo recuerdo llevo unido en mi alma a todo lo más grato de mi viaje.

—Y de Nueva York ¿hacia dónde se dirigió usted?

—Pues a Europa directamente, a España. Después de las dos semanas neoyorquinas, durante las cuales me aturdían y atolondraban por el día los estrépitos y movimientos de las fábricas, por la noche, para templar mis nervios, frecuentaba algunos teatros y modestos cabarets, a los cuales tenía la bondad de acompañarme mi dilecto amigo don Víctor Gómez con su familia, me embarqué en el *Leon XIII*, con rumbo a Barcelona, a pesar de que me ví precisado a dejar atrás mis mercancías, pues tropecé con el inconveniente mundial y de moda hoy, de una huelga de estivadores....

—¿Ese animal se come? le interrumpí.

—No se come, replicó Antonio sonriendo, pero puede comérselo a úno. Porque los estivadores son nada menos que los peones que transportan los bultos de la aduana al barco, y de éste a la aduana. Por consiguiente si ese animal se declara en huelga, usted comprende que el pobre comerciante queda maniatado.... Sin embargo, como yo tenía prisa, dejé convenientemente recomendados mis corotos, y emprendí viaje, llevándome de Nueva York, como recuerdo, una magnífica gripa de que disfruté durante todos los días de navegación....

—Y en el *León XIII* no tropezó usted con algún otro Kaiser?

—Por el contrario, replicó Antonio, el médico de a bordo me prestó todos los cuida-

dos de su ciencia, y cuando ya estuve curado de mi gripa quise remunerarle sus servicios, pero él se resistió obstinadamente a recibirme nada y nada me aceptó, raro ejemplo de generosidad en los empleados de a bordo, en alta mar, que son por lo general muy interesados.

—Y por lo demás, ¿fue feliz su navegación?

—Excepción hecha de largos días de espesas neblinas que dificultaron la marcha del buque, hasta el punto de retardarla por seis días, no sufrimos otra novedad.

—¿Cuántos días gastaron?

—De Nueva York a la costa española gastamos veinte. Esas neblinas son tan negras y espesas, que nosotros, acostumbrados a nuestra luz tropical, no podemos imaginarlas; frente de Cádiz estas neblinas nos tuvieron dos días.... Al llegar a aquella ciudad recibí la mala noticia, dada por las gentes y por la prensa, de que en Barcelona, a donde yo me dirigía, se habían declarado en huelga los gremios obreros, especialmente el de camareros, y que estaba suspendido por completo el servicio de hoteles y de hospederías, noticia que nada tiene de consolador para un pobre viajero cuyo principal anhelo es el reposo.... Empero, sin pensar en el futuro, quise aprovechar el momento presente, y en verdad que jamás imaginé aprovecharlo de modo tan grato: púseme a averiguar por la mansión de ~~nuestro~~ Cónsul en Cádiz, don José María Pérez Sarmiento, con el objeto de saludarlo

a nombre de su hermano, don Guillermo, mi excelente compañero de viaje de Barranquilla a Nueva York. Como buen colombiano que soy, me sentí altamente complacido y orgulloso al ver que todas las personas a quienes pregunté por la mansión de nuestro Cónsul, me respondían con solicitud, me daban la dirección y hasta se prestaban a conducirme a ella, manifestando todas cariño y simpatía hacia el señor Pérez Sarmiento y su honorable familia; y en verdad que es justo motivo de orgullo para el ciudadano de una patria el saber que alguno de sus conciudadanos goza en patria ajena el aprecio y la estimación.

Y mucha razón que tienen los gaditanos, pues el señor Pérez Sarmiento merece bien el afecto que se le profesa, por su caballerosidad, cultura y gentileza; humilde comerciante bogotano, sin credenciales ni diplomas de especie alguna, fui recibido en la mansión consular cual si de veras fuese un gran señor: un té, en familia, un paseo por la ciudad, una comida, casi banquete, en que estuve co-deándome con personajes como el Cónsul del Uruguay y sus dos bellas hijas, el Presidente de la Cámara de Comercio de Cádiz, el General Santiago Rozo y otros distinguidos caballeros que no recuerdo, y por último, una invitación a teatro, todo en familia, sencillo, natural, cordial y cariñoso, como de quien está acostumbrado a hacer tales atenciones, me dió alta idea de la valía ~~perso-~~nal de nuestro Cónsul en Cádiz. A todo lo

cual se agrega el gracejo, belleza y simpatía de su nobilísima esposa, amable y chispeante como una verdadera andaluza.

—Qué gracia, si es de cepa boyacense, hija de dos hermosos tipos, de Belisario Ayala y Teodolinda Matéus, exclamé con orgullo de raza, como si en verdad me tocara algo en la parentela!

—Pero después de aquel rato placentero hube de regresar al barco, a pensar en la calamidad de las huelgas de Barcelona....

—Y esas huelgas son de veras tan pavorosas? pregunté.

—Y tanto, respondiome Antonio, que aquí no podemos tener idea de ellas. Son completas, absolutas, generales; las hay de diversas clases y de distintos nombres: paro general, brazos caídos, etc.

—¿Qué es eso de brazos caídos, que el nombre me divierte? le interrumpí.

—Pues la huelga de brazos caídos parece de reciente introducción en España y es aquella en que los obreros concurren a las fábricas pero no trabajan, aunque sí devengan salario....

—Deliciosa vida, exclamé!

—Contra esta huelga, los patrones de fábricas han establecido la suspensión de trabajo y el cierre general.... Cuando se declara un paro general de trabajos, parece que se suspende la vida de la ciudad, provincia o nación comercial en que tal cosa sucede; y si un comerciante, extranjero por añadi-

dura, llega a tiempo de un chocolate de esta especie, su fracaso es seguro!

—¿Y usted no llegó a tiempo de uno de esos chocolates?

— Por fortuna no me tocaron sino las sopas; pero mañana reanudaremos nuestra charla porque ya es hora de comer.

Y con estas palabras.... Antonio desapareció.

#### IV

La huelga de camareros en Barcelona, me tenía con bastante cuidado, me dijo Antonio, como si continuara una conversación principiada momentos antes; por lo cual, antes de zarpar en Cádiz, dirigí aerograma a un amigo, de aquella ciudad, en solicitud de alojamiento. Pero todo el mundo es Popayán, y en todas partes se cuecen habas, como dicen los adagios: al llegar a Barcelona quedé tristemente sorprendido al ver que nadie me esperaba en el puerto; por fortuna, entre los carruajes estacionados allí, ví el del Hotel Ranzini, que me era ya conocido, y a tal hotel fui a dar! ¿Qué había sucedido con mi aerograma? Pues lo mismo que pasa en Colombia con los telegramas; que había llegado retardado, y equivocado por añadidura hasta hacerlo incomprensible!.... Sin la casualidad, que me hizo encontrar el carruaje citado, bastante angustiosa hubiese sido mi entrada a la ciudad condal!.... Pero estas incomodidades y contrariedades que sufre el viajero, hacen más vivo su placer cuando, dejando atrás los estrujones del barco y la

molesta inmovilidad del vagón, se siente instalado en la pieza de un cómodo restaurante, como lo es el Ranzini....

—¿Y usted permaneció mucho tiempo en Barcelona?

—No, señor: apenas el suficiente para hacer algunas compras.... Además, mi reposo no duró mucho tiempo: pocos días después de estar yo allí, se declaró el paro general, o sea la suspensión de fabricación de mercancías, de su venta por mayor y de su exportación.... Estos movimientos son allá tan uniformes, tan absolutos, tan generales, que nadie escapa a su acción, y el infeliz comerciante, por activo que sea, queda reducido a estéril quietud: a tal punto me afectó esta huelga, que las mercaderías que ya había logrado comprar, estuvieron detenidas durante dos meses.

—Por lo que veo, tales movimientos detienen toda actividad, conducen a la inmovilidad....

—Sí, señor: las huelgas parecen levantar un obstáculo contra el trabajo; una ciudad en huelga, a pesar del alboroto y bullirio de los huelguistas, parece una ciudad muerta; una fábrica detenida por un paro presenta el aspecto triste y desconsolador que produce un cataclismo: las correas inmóviles, inactivas, caen desde lo alto de las poleas hasta el suelo como lágrimas de la maquinaria, las ruedas sin motor que las animan parecen ojos de ~~idota~~ ~~idota~~, sin mirada y sin luz; el silencio que sucede al ruido y anima-

ción que ayer reinó en la fábrica, semeja el silencio de un sepulcro.... Y sin embargo, en medio del frío, del silencio, de la quietud que se observan en una fábrica en paro, nos vemos obligados en ocasiones a confesar que el movimiento de los huelguistas, que produjo ese paro, tiene de su parte algo de justicia: estos fenómenos, tan frecuentes hoy en la vida del comercio y de la industria europeas, estas luchas a muerte entre el capital y el trabajo, que tan asustadoras parecen, son, a mi ver, movimientos naturales y necesarios que tienden a producir el equilibrio!....

—De modo que, le interrumpí, los movimientos de índole análoga que ha habido en Colombia, en estos últimos tiempos, tienen la misma justa tendencia?

—Creo, replicó Antonio, que nuestras huelgas son mera imitación de las europeas, pero no tienen su amplitud ni están inspiradas por la necesidad: allá el choque entre el capital y el trabajo tiene existencia evidente, la faena es recia, imperiosa, constante; allá el trabajador muere de hambre a los pies de la ruedas de la lujosa carretela que conduce al patrón; allá existe de veras una clase social numerosa, laboriosa, activa, inteligente que produce, que sirve de enérgico dinamo a la sociedad, y que, sin embargo, muere de hambre o de frío en las calles.... Aquí, loado sea Dios, todavía no presenciemos tales calamidades.... Por eso, me inclino a creer que las

huelgas europeas son brotes en parte, de la justicia!

—Y de Barcelona, ¿hacia donde emprendió camino?

—En enero del presente año hice un viaje para visitar las ciudades de París, Londres, Manchester y Bradford, a donde tuve necesidad de ir.

—¿Lo que quiere decir que gozó de otras huelgas?

—No, señor: mi viaje fue relativamente tranquilo, de modo que apenas tuve una ligera contrariedad a mi llegada a Manchester, y fue la siguiente: así como aquí en Colombia, con motivo de la miseria, de la falta de trabajo, y también del deseo de placeres y comodidades, los habitantes de Provincia se han aglomerado en la capital y en los centros más populosos, en Europa, después de la guerra, y quizá por igual motivo, las grandes capitales se hallan hoy atestadas de gente provinciana, hasta el punto de que es difícil encontrar alojamiento cómodo, pues hoteles y hospederías están repletos a toda hora. Es preciso, pues, que el viajero, antes de llegar a alguna de esas grandes ciudades, procure proveerse de alojamiento: así lo hice antes de llegar a Manchester; pero, por una equivocación o falta de previsión de mi parte, llegué a la ciudad, no di con el alojamiento que mi comisionado para ello me tenía preparado, y hube de rogar a voluntad del chauffeur, y con un compañero que me servía de

guía e introductor, sin encontrar hospedaje en parte alguna, hasta que fuimos a dar, con una noche lluviosa y oscura, a un apartado fondín de mala muerte, a donde nos llevó el chauffeur. Cariz asustador tenía aquella posada, y cueva de rateros parecía la pieza que se nos dió; pero, qué remedio!... Afuera estaba la noche con su lluvia y sus negruras en una ciudad que yo no conocía: resolví quedarme allí, a pesar de que mi guía, aunque armado de pistola, se hallaba altamente nervioso y pretendía dejarme. Por añadidura, el gas de alumbrado se extinguió, y quedamos en completas tinieblas. Resolvimos no acostarnos; los fósforos, ¡sublime invento, generoso «fiat lux» de las fondas de Manchester! en las cuales gastámos unas dos cajas que por casualidad teníamos, fueron nuestra providencia! «Oh, nefanda noche enerina!...» Lo peor de todo fue que al día siguiente, cuando salí de aquella cueva y tomé el centro de la ciudad, hallé que mi petición había sido oída, y que me esperaba un comfortable apartamento en uno de los más cómodos hoteles: una equivocación nacida de no conocerme personalmente, había sido la causa de aquella terrible noche. Agregaré, para terminar esta sesión, que va ya larga, que a mi regreso de Inglaterra a París y Barcelona, me acompañó una enfermedad de estómago adquirida en algún hotel londinense, desarreglo digestivo que me hace creer que los cocineros de la majestuosa metrópoli británica acostumbra muchos

condimentos.... Como mi mayor deseo era llegar a Barcelona, para curarme y reposar, apuré el viaje; pero tropecé con la frontera entre Francia y España, sin llevar en mi pasaporte, por olvido mío, la firma de un Cónsul; y esta cuestión de los pasaportes se ha vuelto de vida o muerte, después de la guerra.... Mañana le hablaré de esta peripecia.

Por ahora, buenas noches!

V

—¿En qué dejamos nuestra relación?, preguntó Antonio.

—Estaba usted detenido en la frontera franco-española, por falta de una firma en su pasaporte, le respondí.

— Ah, sí, ya recuerdo! Pues bien: cuando los Jefes de la Aduana notaron que en mi pasaporte faltaba la firma del señor Cónsul español en París, formaron un tremendo escándalo, como si yo fuera leproso, carlista, bolchevique o cosa parecida. Empero, tal escándalo no me arredró, pues comprendí el fin que se proponían los aduanilleros, que era el de explotar la falta de aquella firma y ganarme unas cuantas pesetas por la concesión generosa que se me hiciera franqueándome el paso sin tal requisito....

—De modo que usted tuvo que recurrir a los medios persuasivos que conocen todos los aduanilleros del mundo? le interrumpí.

—Justamente, respondió Antonio, sonriendo, quise vencer la resistencia de aquellos rectos administradores de Aduana, como

quien dice, de los defensores avanzados de la nación a cuyo territorio deseaba penetrar y, a falta de los ejércitos y cañones de Napoleón, puse en juego, como medio persuasivo, la fuerza siempre vencedora en tales casos, de las pesetas. Pero el escándalo había sido tan mayúsculo, y sobre todo tan público, que aquellos rectos aduanilleros se encontraron cohibidos para dejarse persuadir por tal medio, y en vez de dejarme pasar como dejaron al doctor Carlos Holguín con sus petacas de tabacos, mediante unas monedas que él puso a hurtadillas en manos de tan rectos personajes, según el mismo doctor Holguín contaba, aumentaron el escándalo, pasaron mi equipaje al tren de regreso, y quisieron obligarme a desandar mi camino e ir hasta Perpignan en solicitud de la firma del Cónsul español en aquella ciudad

—¿Y qué hizo usted en tal emergencia?

—Resuelto como estaba yo a no dar un paso atrás y a seguir hasta Barcelona en busca de alivio para la enfermedad de estómago que iba agravándose, me puse a pasear en los corredores del hotel vecino a la estación, y allí estaba, cuando se me acercó un jóven de simpática presencia, me llamó aparte y me expresó en secreto que mi situación lo había interesado vivamente y que deseaba servirme; que iba a hablar con los Jefes de la Aduana a fin de ver si conseguía se me cediera el paso franco, pero que para eso necesitaba de algún dinero.... Yo, que estaba viendo venir este incidente, dí gracias al in-

individuo tan bondadoso y desinteresado, y le pregunté cuánto dinero se requería para el asunto; él previamente fue a hablar con los aduanilleros, obligándome a estar oculto entre tanto en algún salón del hotel, y tornó luego a mí con peticiones exorbitantes.... Por fortuna, a pesar de mi estómago pude resistir heroicamente lo exagerado de tales condiciones, y conseguí al fin, mediante unas sesenta pesetas, hacer vacilar la rectitud, la probidad y el patriotismo de Port-bou, que así creo se llama esa estación.... Llegué pues, a Barcelona, que es para mí una especie de cariñoso hogar que tengo en Europa; allí me alivié de mis dolencias, seguí haciendo mis compras, despachando para Bogotá lo ya comprado, pues ya estaba terminada la huelga y dado el permiso para exportar.

—¿Y tuvo usted que permanecer mucho tiempo en Barcelona?

—Por ahí en el mes de abril hice mi segunda salida; quería visitar algunos otros países de Europa, especialmente me atraían Italia, Suiza y Bélgica. Salí, pues, por Francia hacia a Italia, pasando por las poblaciones francesas de Cervera, Narbona, Sette y Marsella; esta ciudad es una de las más bellas del Mediodía de Francia y posee el más hermoso puerto del Mediterráneo; evoca, además, recuerdos históricos muy amados para los colombianos pues fue allí en donde, de paso para visitar al Sumo Pontífice, fue sorprendido por la muerte el muy ilustre y sabio doctor Manuel José Mejía Arzobispo, de Bogo-

tá, de alto renombre y sagrada memoria. De Marsella pasamos a Cannes, siempre por la orilla del mar y recorriendo uno de los más hermosos caminos que yo haya visto: graciosas quintas, chalets encantadores, caseríos y aldehuelas deliciosos, cercanos los unos de los otros como si quisieran darse la mano, camelloncitos que parecen un sueño, sembrados de árboles a uno y otro lado, y allá a nuestra derecha, sobre el mar, reflejados sobre las móviles aguas, los luminares de tales caserios, quintas y chalets, cual diamantinos collares que los adornasen; las luces de los faros, recojidas y estrujadas por las olas, parecían arcos iris de bellissimo aspecto; todo aquello semejaba una graciosa y hermosa cinta cinematográfica.

—Y se detuvieron en Cannes?

—Apenas la contemplamos al paso del tren, cosa que deploré, pues es también una de las bellas ciudades del Sur de Francia; pero el viajero moderno está sujeto a lo que mande su Majestad el vapor, y no puede detenerse donde quiere. Así, pues, seguimos hasta Niza. ¡Qué ciudad tan hermosa aquella! Sus calles rectas, admirablemente pavimentadas, en las que no se ve una piedra ni una baldosa que no estén artística y graciosamente colocadas; sus edificios de elegante y admirable arquitectura, presentan un aspecto de nitidez, de aseo, de pulcritud tan esmerados y escrupulosos, que no se ve un rasguño ni el más leve daño en muros, puertas ni balcones, su paseo a orilla del mar es una

maravilla de arte, gracia y buen gusto, con bellísimos jardines, monumentos admirables....

Con pesar se separa uno de aquel soñado paraíso, de aquella ciudad que por su construcción y confort pudiera llamarse moderna, pero de la cual huyen como azorados el afán mercantilista, el movimiento fatigante de los negocios, la avidez de dinero, para dejar su puesto a una grata sensación de reposo voluptuoso y exquisito que parece arrullar y acariciar materialmente nuestro espíritu; nada hay allí que hiera ingratamente la vista o el olfato; todo es confortable, elegante, muelle, armónico, en la hermosa Niza. Con razón los millonarios y las gentes de grandes negocios buscan en tal ciudad un refugio contra el vertiginoso afán que los aqueja, y un sitio propicio al reposo de su espíritu.

—Noto que usted se saborea todavía al recordar las molicies de Niza....

—Sí, señor, es verdad que sale uno con pereza de aquella ciudad; y con mayor razón, si se recuerda que pocos momentos después de la salida y al dejar ya la tierra francesa, tropieza el viajero con la última aduana de la misma nacionalidad, para pasar ya a territorio italiano....

¡Qué aduana aquella, mi Dios.

—¿Peor que la de Port-bou?

—Indudablemente peor; imagínese usted que en esta última los aduanilleros tratan a los viajeros como verdaderos y reconocidos ladrones; los meten a una especie de cala-

bozo, y allí los registran y esculcan de pies a cabeza, con los ojos, con las manos, por todos los medios posibles; clavan la vista en los papeles y cartas, con una avidez y una grosería altamente ofensivas. Cuanto a mí, me extrajeron cuarenta dólares en oro americano, que llevaba en una bolsita y me los cambiaron por billetes franceses; y de unas ocho cartas para varios fabricantes que encontraron en mi cartera, decía alguno de aquellos esculcadores:

—Este señor no es correo pero lo parece por la correspondencia que lleva!

Y miraba y más miraba las cartas como queriendo abrirlas y leerlas.... Lo peor de todo es que de tan repugnante requisa no se halla libre el bello sexo; las mujeres son sometidas, en otro calabozo análogo, al mismo indecente tratamiento.... Ni los zapatos quedan exentos de aquel esculque; especialmente, las gentes pobres que van calzadas, son obligadas a quitarse los zapatos para ver si en ellos llevan algún valor. Fue tanto lo que me sorprendió tal operación, que llegué a dudar de los progresos que hubiera tenido la Francia bajo el hermoso pabellón de la República!.... Que esto pase, pensaba yo en los momentos de mi esculque, en esta hermosa tierra de Francia, regada y fecundada por tanta sangre generosa, defensora de la libertad y la dignidad humanas!....

—¿Y qué pretexto presentan para esa especie de desvalijamiento de palteadores?

—Parece que es el de no dejar salir de Francia sino determinada cantidad de monedas.... Pero de esto seguiré hablándole mañana, dijo Antonio levantándose.

## VI

—Estaba usted en los calabozos de la Aduana francesa; quiero saber si logró salir de allí sin dejar en poder de los aduanilleros algún zapato por lo menos, que en las aduanas de esta vida deja algo cada cual: la oveja su blanca lana, y Antonio.... el pantalón!

Rio Antonio de aquella irrespetuosa parodia, y después de echarme mi reprimenda por mi atrevimiento prosiguió:

—Pues, no señor: excepción hecha de los cuarenta dólares en oro, que me cambiaron por billetes franceses, salí sano, salvo e intacto de la citada Aduana; y pocos momentos después hube de dar razón, en parte al menos, al brutal celo de aquellos aduanilleros, al entrar en Mónaco, en donde está establecida la casa de juego de Montecarlo, trampa a donde van a dar todos los montones de oro que parecen estar ociosos en el mundo....

—Y no se detuvo usted allí a echar una manita o a hacer un apunte?, le interrumpí.

—No sólo no me detuve sino que pasé con miedo por cerca a aquel antro a donde van los principales jugadores del mundo a enterarse de la hora y de la riqueza!.... Pero pronto atravesamos aquel territorio, y llegamos a

Veintimilla, primera ciudad italiana, para luego entrar en Génova.....

—Sediciente patria del vagabundo viajero que nos descubrió, volví a interrumpirle, y agregué: ¿Qué tal son esos chorizos de Génova?

— Ha de saber usted que los chorizos de Génova corren la misma suerte, en materia de patria, que nuestro descubridor; es decir, que ni aquéllos ni éste tuvieron su cuna en Génova: de nuestro gran descubridor dicen algunos historiadores que no nació en esa ciudad, y de los chorizos digo yo que no tuve el placer de comerlos allí.... Con tanto mayor razón puedo afirmar, que no probé los chorizos de Génova, a lo menos por la noche de mi llegada, cuanto que ni comida encontré en aquella ciudad....

— Cómo, que no encontró comida?

— Sí, señor: en aquella gran ciudad, una de las más importantes de Italia, y quizá del Sur de Europa, conocida y afamada en todo el orbe, cuna discutida de ese gran domador de olas que se llamó don Cristóbal Colón; en esa gran ciudad, digo, anduve hasta las once de la noche de mi llegada buscando cena y alojamiento, sin encontrarlo!....

— Y eso, por qué?

— Justamente, por la misma importancia de la ciudad: porque aquel día habían llegado centenares de barcos a su puerto, y los pasajeros habían colmado hasta el último rincón de los hoteles y hospedadas de la ciudad.

— De modo que usted pasó la noche sin cenar y sin dormir?

— No tál: un caritativo camarero de hotel me indicó que tomara un tranvía y me dirigiera a Nervo, pequeña ciudad situada a poca distancia de Génova; hícelo así, y allí encontré lo que Génova me negaba. Al día siguiente torné a Génova, y tuve el gusto de pasear aquella hermosa urbe, poblada de grandiosos monumentos y bellos edificios: lo que más llamó mi atención allí fue el cementerio....

—El cementerio!.... Vea usted un magnífico asunto para una crónica de noviembre; hábleme algo de él.

—El cementerio de Génova es uno de los más bellos sitios que yo haya contemplado, especialmente por el derroche de arte que se exhibe en sus monumentos: largas, interminables galerías de éstos, sorprenden y extasían al visitante, que no sabe que admirar más allí, si el arte que ha inspirado al cincel del estatuario, o la vanidad que ha inspirado a los deudos del difunto: aquellos monumentos representan grupos de familia; por lo regular alguno de los momentos últimos de la vida del finado, y en ellos al lado de éste, aparecen los que le han sobrevivido, con todos sus peros y señales; de modo que muchos de los habitantes que andan y bullen hoy por las calles de Génova, pueden ir a aquel cementerio a contemplar la estatua que ellos mismos le levantaron en vida!... Ellos

y no la posteridad, se han dado a sí mismos la inmortalidad!...

— Pobres muertos!... Cómo reirán, allá en la oscuridad de sus tumbas, de esta vanidad de los vivos!... Sin embargo, esta vanidad no es exclusiva de Génova: ella es el impulso, el más poderoso acicate de la humanidad, el dinamo creador de todas las las energías que nos hacen marchar adelante, siempre adelantel!...

— Lástima que se exagere tanto el impulso de tal fuerza, hasta el punto de querer darnos a nosotros mismos la inmortalidad, como en Génova, o de tornarnos superhombres como les sucedió a los paisanos de Niestchel!..... Empero, no nos detengamos aquí, que los viajeros como yo obedecemos siempre las órdenes del vapor: de Génova marchamos a Turín. Allí llegámos el 1.º de mayo, día en que los obreros celebran la fiesta del trabajo: ni un coche, ni un auto, ni un carro, ni un vehículo, por humilde que fuese, rodaba por calles y plazas de la ciudad, excepción hecha de las autoametralladoras del Ejército colmadas de soldados, y de los pelotones del mismo ejército que, según mandato del Gobernador provincial, guardaban el orden en la ciudad y deseaban evitar un movimiento subversivo anunciado para aquel día... Este es el modo como se celebran estas fiestas en la Europa actual: el espíritu revolucionario es el aire que allí se respira por todas partes!...

—¿De modo que no pudo usted conocer la ciudad?

—Usted sabe que soy buen caminador y que no me arredra la falta de vehículos de ruedas: a pie, pues, me puse a andareguear, y pude, aunque a la ligera, darme cuenta de algunos de sus monumentos principales, entre los cuales conocí el levantado a la memoria del célebre revolucionario del siglo pasado, don José Mazzini, compañero de Garibaldi....

—Y muchas coronas depositaría usted al pie de ese monumento?, pregunté irónicamente a Antonio, pero en vez de responderme, prosiguió:

—De Turín, seguimos a Milán; allí visitamos el magnífico Duomo (Catedral), una de las más famosas del mundo, con sus 2.400 estatuas de piedra de tamaño natural, alrededor de la iglesia, y el portentoso decorado de ésta; pero lo más maravilloso, es su artística puerta de bronce en la cual se admiran, en figuras de vigoroso altorelieve, los quince misterios del rosario, obra de arte moderno altamente estimada por los conocedores, y de belleza admirada por los profanos. Esta puerta y dos más que se harán a sus lados, han sido costeadas con la suma que legó, con tal objeto hace mucho tiempo, un generoso católico; la suma acrecida con sus intereses, ha llegado a ser tan considerable, que ha bastado para llevar a cabo la obra con decoro y lujo y arte. Visitamos también

el gran Teatro de la Scala a la sazón en estado de reparación: hiciéronme notar allí la maravillosa acústica de que está dotado aquel edificio, cualidad que, según se cuenta se debe a al casualidad.

Noté que Antonio se preparaba para interrumpir nuestra charla, por lo cual a guisa de despedida, le disparé esta flecha:

—Tengo una duda, Antonio!

—Cuál?

La de si usted tuvo paciencia y tiempo de contar las 2.400 estatuas que rodean el Duomo!....

—Hasta mañana!, me dijo, por única respuesta.

## VI

—De Milán, principió Antonio a decir, como reanudando la conversación de ayer, seguimos a la linda e histórica ciudad de Venecia, que tánto despierta la curiosidad de los que hemos leído las siempre interesantes páginas en que de tal ciudad se habla: el arte, con sus refinamientos; el amor, con sus voluptuosidades; el poder, con su feroz crueldad; la misma situación de anfibio que tiene la ciudad, intrigan de tal modo, que todo viajero que vaya a Italia experimenta urgidores deseos de conocer a Venecia.... Pues bien: llegamos allí a las once de una noche estrellada, serena y límpida; favor de la luz estelar, penumbrosa y tímida desde la góndola en que nos embarcamos en

el Gran Canal, íbamos contemplando los hermosos edificios que se levantan a flor de agua.... La noche, la luz estelar, este modo de viajar en góndola, inusitado para nosotros, todo contribuía a tornarnos soñadores, a dejarnos desvanecer en los senos de aquel infinito majestuoso que veíamos allá arriba, poblado de luminares, y aquel otro infinito poblado de recuerdos que veíamos hacia atrás, en nuestro pasado: si alguna vez sintió nuestra alma los aleteos de la poesía, fue en aquellos momentos....

—¿Y no perpetró usted algún soneto en aquella memorable noche?—interrumpí, para cortar el chorro de idílicas añoranzas que se atropellaban en la mente de Antonio.

—No perpetré ninguno, aunque sí me sentí casi inspirado para ello, y no lo hice justamente por respeto al arte y a la monumental ciudad de los viejos Dux.... Además, mis anhelos poéticos fueron interrumpidos, mejor dicho, aumentados y corregidos, por los acordes de una serenata, de música deliciosa y sentidas canciones, que algún enamorado galán daba desde su góndola a la señora de sus pensamientos; a medida que avanzaba nuestra barca, se acercaban aquellos armoniosos sonos, y una suave tristeza invadió mi corazón, a la vez que un recuerdo, como ave fugitiva, voló de mi cerebro hacia mi hogar ausente.... ¡Cuántos trozos del pasado nos aportan, vivos, palpitantes, luminosos, las notas de la música, y especialmente los

ecos de una serenata...! Al acercarnos, vimos la orquesta que tocaba, y supimos que el «serenateador» era un joven de la nobleza veneciana que saludaba así el natalicio de su amada....

Antonio parecía rejuvenecer cuando me refería estos recuerdos de la serenata; y yo también, bajo el influjo de este relato, me sentía transportado a aquellos felices tiempos, en que el corazón, repleto de pasión, de brío, de juventud, dice al sér amado, por medio de las notas de la orquesta, que van a perderse en las vacuidades etéreas, las santas y castas confidencias de las almas enamoradas...! Después de algunos momentos de silencio, que Antonio y yo consagráramos a nuestros recuerdos, él continuó:

—También me tocó presenciar, en el mismo Gran Canal, un entierro: el féretro, los sacerdotes, la familia, los acompañantes, todos iban en góndolas enlutadas; este espectáculo resulta sobremanera interesante para quien lo ve por la primera vez....

—Dígame, Antonio: ¿es verdad que todas las góndolas van pintadas de negro?

—En su mayor parte, sí; y esto, por mandato oficial. Sin embargo, existen algunas de color, quizá por prerrogativas o privilegios, que en toda sociedad imperan.

—Qué triste debe ser el desfile de esas embarcaciones vestidas de negro!

—Pues para los habitantes de la ciudad acostumbrados a tal espectáculo, aquellos

desfiles tienen que parecer tan naturales como para nosotros la procesión de nuestras damas, vestidas de negro, que atraviesan las calles; y para los extraños, el espectáculo ofrece el interés de todo lo que es nuevo y se contempla por primera vez. Además, la vista del Gran Canal es altamente atrayente y entretenida: el agua, en todas sus manifestaciones, sea en la forma de gota, en la de arroyo, en la de lluvia, en la de torrente, en la de océano, atrae, conmueve, seduce nuestro espíritu, quizá por la semejanza entre ella y éste; y allí, en aquel Gran Canal, amplio, profundo, espacioso, bordeado por soberbios y majestuosos edificios, que se reflejan en las ondas como en un espejo secular bruñido por los rayos del sol, el agua adquiere aspecto imponente, majestuoso, admirable!....

—Dígame otra cosa: ¿Es verdad que las alcantarillas, cañerías y demás desagües de Venecia presentan sus orificios de desembocadura a la vista de los transeúntes?

—Y no sólo a la vista, sino también al olfato: las basuras, aguas sucias y demás despojos de la ciudad, van a dar naturalmente a los canales, que sirven en parte de calles a la ciudad. En el Gran Canal sí no existen desagües de esta clase; a lo menos no los vi.

—Una tercera pregunta, Antonio: ¿Y todos los habitantes de Venecia están obligados a transitar en góndola?

—No tal: así lo creía yo también, porque los artículos descriptivos, las novelas y demás páginas que nos hablan de aquella ciudad poco se detienen en este asunto. Lo que ocurre es que las calles son cruzadas por los canales y en cada cruce hay un puente para la continuación de la calle.... Lo único que no se ve allí es el vehículo de ruedas, coches, autos, tranvías....

— Delicioso!.... Siquiera el pobre transeúnte pedestre está libre allí de quedar destripado bajo el carruaje que se le viene encima!

—Y además está libre también del cavernoso y asustador gruñido de los autos, del estridente y molesto campanileo de coches y tranvías: aquella es una ciudad en que la vida, la animación, la alegría se verifican en el seno del silencio, lejos del tumulto, de los atropellos, de los corrillos en mitad de la calle, de todo eso, molesto, insoportable, que hace imposible el tránsito por nuestra Calle Real....

Venecia es una ciudad para pensar, para soñar, para recordar y para amar!

—Y qué me dice de los plomos de Venecia, de la Plaza de San Marcos, de todo eso histórico, de que tanto nos hablan las novelas, los viajeros....?

—De todas esas cosas no he querido hablar, por la sencilla razón de que ellas están descritas y dichas tantas veces, y mejor que lo pudiera yo hacer: yo he querido, tan sólo contarle mis propias, íntimas impresiones.

sencillas, casi vulgares, sentidas como las siente cualquier humilde provinciano de estas regiones, que se traslada de repente a esos centros del Viejo Mundo.... No quiero meterme en honduras de arte, de historia, de todas esas cosas serias y graves, que son jerigonzas para mí!

Y Antonio se levantó.

## VII

—De Venecia pasamos a Florencia, ciudad en donde no me detendré ahora como no me detuve entonces, pues tenía prisa de llegar a Roma. Esa enorme urbe atrae con fuerza irresistible a todo viajero, especialmente al viajero católico; su perpetuidad secular en la historia del mundo, la imponente majestad que posee por haber ayer sido el asiento del gran poder de los Césares y por ser hoy el asiento del poder más grande aún, del Pontífice del cristianismo, sus imponentes y artísticos monumentos que cuentan al viajero, con el decididor y al par silencioso lenguaje que poseen el mármol y el bronce, los portentos y grandezas de la humanidad, sus catedrales magníficas, sus museos, sus antigüedades, el epíteto grandioso y expresivo de Ciudad Eterna con que se la distingue, ejercen poderosa influencia sobre el ánimo de quien pise territorio italiano, y nadie puede prescindir de llegar a Roma....! Llegamos, pues, a las once de la mañana, y nos pusimos a la tarea de buscar alojamiento.

—De buscar alojamiento?... Yo me imagino que en Roma no haya necesidad de buscarlo, pues creo que allí hayan de salir al encuentro del viajero, en procesión interminable, todos los hoteles, hospederías, fondas y figones del mundo!

—Pues no, señor; a las dos de la tarde, hambreados y fatigados, vagábamos todavía por las calles de la ciudad, mendigando de puerta en puerta, pudiera decirse, un albergue, que en parte alguna encontrábamos; en todos los hoteles y establecimientos análogos tuvimos que soportar la negativa, que para ser más amarga se nos daba de modo insolente y despectivo, por criados y sirvientes que lucían libreas galoneadas de oro.... Casi ni nos hablaban para despedirnos, sino que apenas lo hacían con un gesto hartamente insultador y dándonos la espalda....

—¿Y de dónde sacaban tanta insolencia los criados de Roma?

—Pues de que la ciudad estaba repleta, literalmente repleta de forasteros, con motivo de que en esos días iban a celebrarse las canonizaciones de la Beata Margarita de Alacoque y Juana de Arco....

—Con razón....! Si en todas partes se cuecen habas; y aquí en Bogotá, según recordará usted, se alquilaron balcones al precio de cien pesos oro para la entrada de la Virgen de Chiquinquirá!....

—Pues en Roma no había sitio para una aguja, como se dice, y hosteleros y fondis-

tas, prontos siempre a especular con estas calvas ocasiones, redoblaron el precio de sus alojamientos hasta puntos escandalosos!.... Por fortuna, al fin de muchas idas y venidas, pudimos hallar albergue en un departamentico de sexto piso, gracias a que la familia que lo habitaba, nos lo cedió reduciéndose a vivir como sardinas en un miserable cuartucho.... Cuando ya tuvimos asegurado un sitio en donde dormir, tomamos un auto y nos dimos a andareguear por la histórica y artística urbe, a fin de curiosar siquiera fuera a la ligera, todo lo grandioso que le da tanto renombre, y que ha servido a turistas, pensadores, filósofos y poetas para escribir páginas tan brillantes y que a mí no me servirán sino para recordar que un día estuve en Roma!....

—Pero ese recuerdo basta en ocasiones para colmar la mente de un viajero!....

—Al día siguiente, gracias a un sacerdote español, amigo nuestro que nos facilitó puesto cómodo, fuimos a presenciar, frente a la puerta de San Pedro, la ceremonia de canonización: la misa fue dicha por Su Santidad, muy gorgoreada como era natural; yo tuve la satisfacción de ver, a pocos metros de distancia, la noble fisonomía del Augusto Pontífice.... Concluída la misa, que fue bastante larga, se celebró una gran procesión en la que llegué a contar 240 Obispos, procedentes de todos los puntos cardinales de la tierra, y 43 Cardenales, detrás de los cuales

iba su Santidad, llevado en la silla gestatoria a hombros de servidores vestidos con hábitos especiales....

—Y su Santidad no le propinó su bendición?

—Por supuesto que sí; y aquella bendición es en verdad motivo de santo orgullo para un católico.... Y no sólo para un católico: la presencia de Su Santidad, la bendición que él dispensa en nombre del Divino Pescador, tienen tal majestad, están rodeadas de no sé qué misteriosa unción, que imponen con fuerza irresistible, se apoderan de nuestro espíritu y lo hacen elevarse sobre las pequeñeces de la tierra y pensar en el Reino de Aquél que renunció a grandezas y honores para enseñar a los hombres una doctrina de amor y humildad que quizá no cabe en nuestro mundo!

Después de breves momentos de silencio que siguieron a estas palabras, que Antonio pronunció con vehemencia y convicción, prosiguió:

—Pasada aquella fiesta, nos dimos a recorrer la ciudad: lástima es que al lado de tantos monumentos, de tanta grandeza, aquella enorme ciudad exhiba calles tan sucias, paredes tan ajadas, que impresionan tan malamente al viajero que visita la Ciudad Eterna! Se nos dijo que las calles se hallaban así debido a que los barrenderos se habían declarado en huelga en aquellos días; pero esto no explica suficientemente el desaseo de tan

importante ciudad: los desperdicios de las cocinas, las aguas sucias de las casas, arrojados y amontonados en la vía pública, como no sucede en la más abandonada de nuestras aldeas, producen en verdad una triste desilusión!....

Roma, no obstante su grandeza secular, sus monumentos, su arte y su historia, no llega a ocupar lugar muy principal entre las ciudades modernas....

—Pero en Italia hay otras ciudades más bellas que Roma, según me dicen.

—Muchas otras, replicó Antonio, pero de ellas no le hablaré ahora por la sencilla razón a que mi viaje fue rápido en atención a que una verdadera excursión de turistas o de gente estudiosa hecha con el objeto de curiosearlo y conocerlo todo, exige mayores recursos y tiempo de los que yo podía disponer. Así, pues, como el objeto principal de mi viaje era el de mejorar en cuanto me fuera posible el negocio de mi Casa de Bogotá, yo no pude detenerme ociosamente en parte alguna; llegaba a las poblaciones, veía lo que me importaba referente a mi negocio, si había algo sobresaliente que llamara mi atención, lo atisbaba a vuelo de pájaro, y seguía adelante, saboreando bellezas unas veces, o masticando desilusiones en otras.... Una vez que hube pisado las calles de Roma, emprendí mi vuelo hacia Milán, en donde me recibí ~~la~~ ~~o~~ ~~form~~ ~~idad~~ de moda en el mundo actual: una huelga!

—Afortunado estaba usted: en todas partes lo recibían con huelgas!....

—Sí, señor: parecía que yo, el más quieto y pacífico de los hijos de Adán, llevara conmigo el espíritu de la revolución!.... Lo peor del caso es que la huelga que me recibió en Milán era de camareros, y por consiguiente, de cierre de hoteles.... Pero noto que hoy hemos charlado mucho, por lo cual.... hasta mañana.

### VIII

—Estábamos....? dijo Antonio procurando recordar el punto en que dejamos ayer.

—Estaba usted, le respondí, llegando a Milán, en donde lo esperaba su perpetua compañera de viaje: una huelga!

—Ah, sí! Y esta era una huelga de camareros rigurosa, absoluta, general: desde los intérpretes de los hoteles, porteros y contabilistas, hasta el último pinche de cocina, todos tomaron parte en el movimiento; de modo que todos esos establecimientos se hallaban cerrados....

—Bonito modo de recibir a los viajeros tienen en Italia! le interrumpí.

—Y no sólo en Italia, me replicó: la huelga es hoy la enfermedad del mundo; es una de las manifestaciones del absceso que con el nombre de desequilibrio social, aflige a la humanidad civilizada....

—¿Y cómo se verifican ~~allá~~ esas huelgas?.... Hay mucho grito, mucho tumulto,

gran pedrea?....

—Nada de eso, replicó Antonio; el movimiento se verifica pacífica y tranquilamente, como una acción de la colectividad. Durante los breves días que permanecí en Milán, pude presenciar, después de la de camareeros, otra de carteros, y por último una de banqueros, y en ninguna de ellas hubo actos de violencia: los gremios se reunían sin faltar, eso sí, ninguno de sus miembros, exponían su solicitud en algún centro escogido al efecto, desfilaban por las calles y luego se disolvían, todo a la vista de la policía, sin dejar huella alguna de disturbio, ni rebelión.... Lo malo de tales manifestaciones es la cesación del servicio que había prestado el gremio que se declaraba en huelga, porque esta cesación era tan completa que la colectividad experimentaba la sensación de una mutilación....

Imagínese usted, Dios nos libre de ello, que un día de estos nuestras cocineras y guisanderas y fregonas, ilustradas por nuestros diarios socialistas, resolvieran llevar a efecto un movimiento de esta clase....

—Pobres señoras, pobres señoritas!, exclamé aterrado.... Cuánto pringue en tan hermosas manos, y cuánto tizne en sus alabastriños brazos!.... Y cuánto pobre marido se vería en la necesidad de preparar el desayuno para sí mismo y para los suyos!....

—Pues bien: tal fue la novedad que me recibió en Milán: buscando primero, y hasta

mendigando luégo, que así pudiera decirse *il albergo*, pasé largas y fatigosas horas, con éxito peor que el que obtuve en Roma, pues siquiera, aunque con insolencia y todo, había allá criados que me respondiesen, en tanto que en Milán todas las puertas estaban cerradas, todos los fogones apagados, y todas las cenizas frías....

—Pues estaba usted frío!... Y cómo salió del apuro?

—Al fin, de buscar, encontré un fondín de quinto orden....

—Algo así como una fritanga, como la de misiá Punita? le pregunté.

—No conocí tal fritanga, pues jamás fui trasnochador, replicó Antonio, entre serio y sonreído, al recuerdo de misiá Punita, providencia y sostén de vagabundos y trasnochadores....

El fondín que encontré en Milán era de cierta clase que tal vez no se conoce aquí todavía; era una casa de asistencia que prestaba servicio completo, con buena cocina y regular aseo, pero cuya inferioridad, y consiguiente baratura, consistía en que allí se aprovechaban, para servir a los comensales, todos los frutos, viandas e ingredientes que, por su vejez o por cualquier otro motivo, hubiesen sufrido deprecio en el mercado: la carne, las legumbres, las frutas, todo lo que allí se servía, aunque bien preparado y condimentado, de seguro que era viejo o dañado.... Y no crea usted que esta clase de casas

son raras, ni que la vejez o daño de sus viandas dependa de descuido o mezquindad de sus dueños, sino que son así establecidas por deliberada voluntad de ellos, y con pleno conocimiento del público....

Tampoco consiste en la pobreza de los dueños, pues éstos son con frecuencia muy acomodados: en el fondín en que estuve, por ejemplo, se me ofreció un día cambiar un billete de algún valor, que creí no me lo pudieran cambiar en la caja del establecimiento; y mi sorpresa fue grande cuando el cajero, como si manejara los dineros de un Banco, me facilitó las mil liras que valía mi billete....

Tales casas, pues, son una especialidad de los hosteleros; pero, a pesar de la buena apariencia de la alimentación, hay algo desagradable en el fondo de ella, a lo cual no pudo resignarse mi estómago, por lo cual dejé pronto mi fondín, busqué otro pasada la huelga, efectué las diligencias mercantiles que me llevaron a Milán, y emprendí, así que estuve desocupado, viaje para Suiza.

Y Antonio, al decir esto, se levantó con tal presteza, cual si ya fuera a tomar el vagón.

## IX

—Me decía usted que iba a salir de Milán para dirigirse a Suiza.

—Y recuerdo ahora un incidente que me pasó aquí en la Estación: recomendé mis maletas para que me las pasara al tren,

a uno de los empleados que desempeñan tal oficio, en las Estaciones, y que creo llaman *facteurs*. Como la Estación es muy espaciosa y está llena de vericuetos, corredores y salones, perdí de vista a tal empleado, y tuve mi media hora de amargura, pensando en que mis maletas habrían volado.... Con esta espina adentro andaba yo en busca de mi hombre, cuando topé con un grueso grupo de gentes que rodeaban a un caballero que estaba más angustiado que yo; averigüé la causa y supe que le habían robado su cartera, con algún dinero, papeles importantes y valiosos, y especialmente con su pasaporte!....

Cuando oí lo del pasaporte agarré con rudeza el bolsillo en que llevaba el mío, y hasta que no lo palpé, lo leí y lo releí, y quizá lo acaricié, no me abandonó el terror que me produjo la idea de que hubieran podido robármelo!.... Un viajero sin pasaporte, en tierra extranjera, es hoy en Europa, algo peor que un muerto; es un sér vivo, pero a quien le falta aire para respirar y tierra bajo los pies!

Aquel viajero, que iba a tomar el mismo tren que yo, me inspiró tal compasión, que olvidé por completo mis maletas, verificándose así en mí aquello de que un clavo saca otro clavo....

—¿Y aparecieron sus maletas?

—Por supuesto que sí, y pronto subí al tren, pero no pude olvidar la escena del robo

a uno de los empleados que desempeñan tal oficio, en las Estaciones, y que creo llaman *facteurs*. Como la Estación es muy espaciosa y está llena de vericuetos, corredores y salones, perdí de vista a tal empleado, y tuve mi media hora de amargura, pensando en que mis maletas habrían volado.... Con esta espina adentro andaba yo en busca de mi hombre, cuando topé con un grueso grupo de gentes que rodeaban a un caballero que estaba más angustiado que yo; averigüé la causa y supe que le habían robado su cartera, con algún dinero, papeles importantes y valiosos, y especialmente con su pasaporte!....

Cuando oí lo del pasaporte agarré con rudeza el bolsillo en que llevaba el mío, y hasta que no lo palpé, lo leí y lo releí, y quizá lo acaricié, no me abandonó el terror que me produjo la idea de que hubieran podido robármelo!.... Un viajero sin pasaporte, en tierra extranjera, es hoy en Europa, algo peor que un muerto; es un sér vivo, pero a quien le falta aire para respirar y tierra bajo los pies!

Aquel viajero, que iba a tomar el mismo tren que yo, me inspiró tal compasión, que olvidé por completo mis maletas, verificándose así en mi aquello de que un clavo saca otro clavo....

—¿Y aparecieron sus maletas?

—Por supuesto que sí, y pronto subí al tren, pero no pude olvidar la escena del robo

del pasaporte; este recuerdo me atormentó todo aquel día....!

—¿Y qué motivo lo hacía viajar a Suiza?

—Yo no iba directamente a Suiza; mi objeto era dirigirme a Bruselas, en busca de paños y otros artículos para mi almacén. Pero no me pesó en manera alguna tomar aquella vía: qué viaje tan delicioso!

Desde un poco antes de pasar la frontera italiana, el panorama que se nos ofrecía a la vista era encantador; el tren va a veces a la orilla del mar, y a veces no se ve tierra por un lado, de manera que hay la ilusión de que va por entre el mar, al paso que por la otra orilla se ven lindas colinas bordeadas de pueblos pintorescos y graciosos. Las aguas del prolongado lago son tersas y de un azul purísimo. Más adelante se interna el tren por un estrecho valle flanqueado de cerros altísimos, desde donde se desprenden bellísimas cascadas, una de las cuales me recordó instantáneamente nuestro gran Salto de Tequendama por su forma, ya que no por el caudal de sus aguas. Se atraviesan también varios de gran corriente, por puentes de arquitectura caprichosa; pasa el tren por la vera de arboledas de sombrío ramaje, que invitan a muelle reposo bajo sus frondas....

Esto de las arboledas despertó en mi el recuerdo del Bosque tierno y acariciador, que parece estrechar a Chiquinquirá entre sus frondosos brazos, y un sentimiento regionalista me hizo interrumpir la descripción de Antonio, y le dije:

—¿Y no consagró usted, a la vista de esas arboledas, un recuerdo de cariño al Bosque de mi tierra?

—Tal vez sí me lo recordaron, respondió Antonio sonriendo de mi vanidad regionalista, si bien existe gran diferencia entre lo uno y lo otro.

Las arboledas que circundan a Chiquinquirá, como casi todas las de nuestro trópico, crecen espontáneas, casi sin dirección, y su belleza es solamente agreste; al paso que aquéllas que yo contemplaba, eran engalanadas por el arte, pues tanto los majestuosos abetos y otros árboles, como los prados, son cultivados con tal ingenio y hermosura, que puede decirse que el hombre, en este caso, le enmienda la plana a la naturaleza y con ventaja....

A esto se agrega el bello contraste entre el verde-esmeralda de árboles y praderas con las enormes manchas de nieve que coronan las alturas de los cerros, que sorprende y seduce al viajero que lo contempla por primera vez. Después de atravesar largo trecho, a las 8 y 30 llegamos a una de las más bellas ciudades de la Confederación, a Lucerna. Esta ciudad me recordó la de Niza, por la belleza, gracia y elegancia de sus construcciones, el aseo resplandeciente de sus calles, y la nitidez y pulcritud de sus edificios.

Así que hube comido salí a recorrerla junto con otros compañeros; recorrerla es admirarla. ¡Qué ciudad tan hermosa!

Y a Antonio se le llenaba la boca al decir estas palabras. Luégo continuó:

—A poco de andar tropezamos con un edificio en el que se verificaba una exposición industrial, anunciada por un sistema de iluminación tan bella, tan espléndida, en que la gradación y colores de la luz se hallaban tan artísticamente combinados, que era imposible pasar de allí sin entrar; entramos, pues, al edificio, y tuvimos para pasar largos cuartos de hora en la contemplación y admiración de los objetos y aparatos que allí se exponían. Todos eran de utilidad práctica, de fácil y eficaz aplicación a cada uno de los ramos de la industria a que estaban destinados. Llamóme la atención sobre todo, uno destinado a perfeccionar el fonógrafo, que denominan *Parlógrafo*, y cuyo objeto es el de servir para la enseñanza de idiomas; la voz que de él se desprende es tan clara, tan nítida, tan correcta como la más pura pronunciación humana, sin la más leve reminiscencia del fastidioso gangoseo que hasta hoy conservan los fonógrafos.

—Ahí tiene usted un aparato que hará furia en Bogotá, especialmente entre nuestras damas, que hoy olvidan el castellano por aprender el inglés, es decir, el «yankee lenguaje», por supuesto que sin lograr saberlo jamás!....

Antonio prestó oídos de mercader a esta salida mía, sonrió a su manera, es decir, para consigo mismo, y prosiguió:

—Otra cosa que llamó mi atención fue una incubadora que trabajaba con perfección y de la cual vimos los productos: unos pollitos tan agraciados, tan simpáticos, tan gorditos y bien criados, como si lo hubiesen sido por la clueca misma....

—¿Y no hay un aparatico que ponga huevos?

Tampoco contestó Antonio a mi pregunta, y continuó:

—Salimos de la Exposición, y nos dimos a voltear por la ciudad, a fin de conocerla, siquiera fuera a la ligera, y admirar su pulcritud y elegancia, que es la nota que de ella más recuerdo; y al pitazo del tren estuvimos listos para marchar a Basilea, la histórica ciudad en que se celebró el gran Concilio de 1431 a 1443, bañada por las azulinas aguas del Rin, y de la cual hablaremos en nuestra próxima charla

## X

—¿Y qué más quiere usted que le diga? me preguntó Antonio, así que me vió llegar, con el aire de quien cree cumplida su tarea, y que está ya fatigado de ella.

—Pues deseo que lleguemos hasta el fin, le repliqué. No me ha hablado usted todavía de su viaje a Bruselas, de las impresiones que recibiera en Bélgica, no acabó de decirme lo que hubiera observado en Basilea....

—Pues bien: empezaré por el principio. En Basilea me llamó la atención su majes-

tuosa catedral y un pintoresco y artístico puente sobre el Rhin.... Después un viaje sin contratiempos, sin peripecias, sin aventuras de clase alguna; un viaje liso y llano como el camino que atravesábamos, el cual, desde poco después de salir de Lucerna, principia a perder su aspecto montañoso, y va espaciándose, ampliándose y aplanándose; a la selva con sus abetos y pinos que sirven de barrera a nuestras miradas, sucede, primero, el vallecito recortado por agraciados montículos, y luego, a medida que se avanza hacia Alsacia-Lorena, por una pradera extensa y espaciosa en donde la vista se pierde en la contemplación de inmensas dehesas pobladas de ganados de las mejores clases conocidas, y de cementseras en que se disputan el terreno palmo a palmo, todos los cereales y todas las legumbres: en todos aquellos inmensos campos se lee esta palabra consoladora: *Trabajo!* Lástima que tal palabra encuentre su contradicción allí mismo, en aquellas laboriosas e inteligentes provincias, causa permanente de tantas y tan formidables guerras, y especialmente en la historia, Estrasburgo, en donde como protesta contra ese trabajo, y contra la paz que de éste se deriva, se ven todavía, en los muros de los vagones, anuncios y letreros en lengua alemana, como si tales vehículos persistieran en no olvidar a su dueño de los últimos cincuenta años.... Llamóme la atención tal persistencia, que no llegué a explicarme....

—¿No consistirá, interrumpí, en que lo

último de que pueden desprenderse los individuos y las naciones, es del idioma?

—Tal vez, respondió Antonio distraído.... Por lo cual estoy creyendo que la facilidad para aprender idiomas, va en razón inversa del amor a la Patria.

—No es usted el primero que hace esta observación: me parece haberla leído entre las del doctor Johnson.

—Una cosa sí pude notar, y es que la línea de aquel ferrocarril se halla tan cuidadosamente conservada, los vagones son tan cómodos y aseados, que en vano se buscan tales cualidades en las otras líneas francesas.... Hasta el servicio de aduanas se presta con mayor cultura y más respeto: yo, por ejemplo, me había dormido, sentado, se entiende, en el carro en que llegué a Estrasburgo, pues ya eran las cinco de la mañana, y desperté a un suave golpe que sentí en mi hombro: era el aduanillero, que venía a hacer la revisión de mi equipaje. Abríle una de mis maletas, que examinó a la ligera, y estaba dispuesto a abrirle las otras, cuando él, con un signo expresivo me indicó que no había necesidad, y las marcó todas como si hubieran sido revisadas.

—Vaya, que felicito a usted por haber tropezado al fin con un aduanillero cortés, que no pretendió quitarle los zapatos para esculcarlos, como el de Veintimilla, que no le sonsacó sesenta pesetas por dejarlo pasar, como el de la frontera franco-española, ni

le preguntó si era bolchevique, como el de Santa Marta....

Sonrió Antonio a estos recuerdos, y continuó:

A las siete de la mañana llegamos a Bruselas, ciudad que me pareció perfecta y completamente francesa, tanto en su conjunto como en sus detalles: al recorrerla, contemplaba yo sus hermosos edificios, su elegante arquitectura, la disposición de sus calles, jardines y monumentos, y los admiraba, sí, porque todo es bello y grandioso, pero nada me sorprendía, nada veía nuevo, genial ni original; todo me parecía haberlo visto ya. Y es que Bruselas parece un pequeño París, es una ciudad francesa por completo, como lo dije antes.... Entre varios monumentos que llamaron mi atención, recuerdo una fuente pública, que surte de aguas a buena parte de la ciudad, y en la cual sirve de surtidor una estatua de piedra que representa un niño como de cinco años pero de dimensiones monumentales. Lo original de este monumento es que el niño está en actitud de..... y Antonio me dijo una palabra muy conocida y que se repite a diario, pero que no sé por qué no me atrevo a estamparla aquí. Expresé a Antonio esta dificultad, y él y yo hubimos de suspender por algunos momentos nuestra charla, en tanto que pensábamos cómo resolveríamos el problema....

Al fin lo resolvió Antonio, justamente como lo resolvió don José María Samper en

su novela *Martin Flórez*, al describir el sitio de San Agustín, y al contar el episodio aquel de la granada que iba a estallar en el patio del cuartel, y a la cual un soldado, a quien le ordenó su Jefe que la *pisara* para apagarla, la *pisó* como si la orden le hubiera sido dada en francés. Así, pues, Antonio me dijo:

—El niño de la fuente se halla *an pissant* es decir *pisando*, la fuente.

Después de este esfuerzo que hicimos para expresar una acción sin anunciar el vocablo castellano, adaptado para ello por temor a escándalos pueriles, sonreímos ambos de esfuerzo tan inútil, y Antonio prosiguió:

—Un Rey de Francia, en el siglo XVIII, según me informaron, legó una suma para celebrar cada año la fecha de la erección de este monumento, y que en efecto, durante varios años del citado siglo, el niño aparecía en la correspondiente fecha, trajeado de vistosos colorines. No recuerdo cuál Rey fue el de la ocurrencia.

—Debió de ser D. Luis XV, que tenía mucho de sicalíptico, le interrumpí.

—Pero noto que el muchacho de la fuente está apartándonos de nuestro objeto, advirtió Antonio, y continuó: Bélgica ha reaccionado con más celeridad que Francia contra la desastrosa situación en que la dejó la terrible última guerra. Sus fábricas de encajes, de paños y sederías funcionan hoy en relativa grande escala, y el comercio y demás

labores de la Nación, se verifican con mayor regularidad y eficacia que en la nación francesa, gracias al carácter más serio y emprendedor que tiene el pueblo flamenco, menos dado a puerilidades y frivolidades que su vecino el galo.... En una vitrina de Bruselas admiré el retrato de una heroína belga sacrificada por los alemanes en la última guerra, a causa del entusiasmo y la ardentía con que defendió a su patria. Al pie del retrato están copiadas las palabras que ella pronunció en el patíbulo: es una Policarpa belga de los tiempos modernos, y se trataba, cuando yo estuve allí, de erigirle una estatua, por suscripción popular, que quizá sea ya una realidad.... Deploro que esta memoria mía no haya conservado el nombre de esa heroína.... Los reyes belgas son adorados por su pueblo, y donde quiera aclamados con entusiasmo: tuve ocasión de presenciar un momento de éstos, en que el pueblo delirante saludaba a sus Soberanos arrojando sombreros, batiendo pañuelos y haciendo otras mil demostraciones de cariñosa alegría, y de veneración....

Y ahora si me parece que está acabado el tema, me dijo Antonio, en són de despedida.

—Y su regreso, no me lo cuenta? le pregunté.

—Puesto que usted lo quiere, dedicaremos a ello nuestra última charla.... Por hoy, hasta mañana,

—Olvidé, en nuestra charla última, cuando le hablé de Bruselas, decirle que antes de salir de aquella ciudad, tuve el honor y la fortuna grande de visitar al representante de nuestra Patria en Bélgica, señor doctor José Manuel Goenaga.... Qué caballero tan distinguido, qué suavidad de modales, qué cultura! Su palabra fina, discreta, inteligente penetra en nuestro cerebro, tan intencionada, tan sugestiva, como un perfume; instruye, entretiene, enseña, sin pretensiones de hacerlo, como llevado a ello por su propia naturaleza; oírlo hablar es oír algún trozo musical que nos deleita; y habla de todo, con un conocimiento, con una seguridad, y especialmente con un tono tan sencillo, tan modesto, tan amable, que con pureza se desprende uno de aquel delicioso *causeur*.... Hablábamos especialmente de arte, en lo cual se expresa como verdadero conocedor y muy especialmente, de nuestra lejana Patria, a la cual consagró el doctor Goenaga recuerdos tan cariñosos, pensamientos tan poéticos, palabras de tanta ternura, que yo, conmovido, alelado, oía y oía, como si fuese el eco de una flauta tañida por un enamorado pastor que desde lejos consagra sus añoranzas a la amada de su corazón....

Antonio hablaba con entusiasmo, y yo oía con reverencia este cariñoso recuerdo que él hacía de uno de los más distinguidos ciuda-

danos de la nacionalidad colombiana, vigoroso cerebro, vasta ilustración, corazón generoso, leal amigo, y uno de los hombres más notables de su generación.

—Y qué memoria tan prodigiosa, agregó Antonio, después de algunos momentos de silencio: me relató, punto por punto, todas las novedades acaecidas en mi Patria durante mi ausencia, y de las cuales yo no había tenido noticia, por no haber leído diarios de Colombia hacía muchos días; me proporcionó además, muchas hojas sueltas y periódicos, en que se hablaba de asuntos concernientes a Colombia. Notó mi afición a los estudios históricos, especialmente a los que tocan con mi Patria, y me obsequió el *Opúsculo*, escrito por él, referente a lo que Bolívar y Sanmartín trataron en la entrevista que tuvieron el año de 1822, en Guayaquil, estudio de alta importancia, concienzudo, inteligente y patriótico, que es contribución de gran valía para la historia de América.... El doctor Goenaga es uno de los diplomáticos de más renombre e influencias entre los de Sur América, y hace honor a nuestra Patria. A las cualidades de su importante personalidad, se agregan la exquisita e inteligente cultura y los modales señoriles y delicadas atenciones que saben dispensar sus señoritas hijas.

—No puede negar usted que se halló bajo la seductora influencia del doctor Goenaga, pues parece que siente pereza de dejarlo, y no quiere salir de Bruselas.

En verdad que experimenté gran pesar al despedirme de aquella magnífica familia y que salí con pereza, como usted dice, de la capital flamenca; pero ya que usted me pone en camino, habré de decir adiós a Bruselas.... Qué tristes pensamientos vienen a la mente del viajero que atraviesa el camino de Bruselas a París! Campos destrozados, huecos de trincheras o abiertos por la metralla destructora; iglesias, monumentos, bellos edificios que señalan todavía grandes troneras hechas por los proyectiles, como bocas desdentadas que hablaran al transeúnte de la salvajez y de la estúpida crueldad de los hombres!... Algo como un remordimiento solidario, colectivo, remordimiento de la humanidad entera, siente uno al atravesar aquellos campos; allí se ve la civilización mordiéndose, descuartizándose, asesinándose a sí misma!... Por fortuna, después de contemplar todo aquello desastroso y desolado, llega uno a París, y París compensa de toda desolación y de todo desastre! Allí llegamos un domingo a las diez de la noche: casi no dormí, aguijado por el deseo de madrugar al día siguiente, para dedicarme a mis negocios; pero no contaba con la huéspeda, como se dice; no había entrado en mis cálculos la circunstancia de ser este día lunes de Pascua de Pentecostés, y por consiguiente, considerado como de fiesta, pues ha de saber usted que tanto en Francia como en España, son muy amigas las gentes de observar to-

das las fiestas de guarda que reza el Almanaque, y no sólo las que él reza, sino otras que inventan, o declaran vigentes, las que han sido suprimidas....

—Y para qué quieren tantas fiestas esos señores?... Calculo que no será con el objeto de visitar a los enfermos y de oír la santa misa....

—Pues con el único objeto de no trabajar: a lo menos en España tuve ocasión de comprobar esta observación....

—No me sorprende entonces que los días de vacaciones se hayan multiplicado tanto en los últimos tiempos en algunos colegios bogotanos!

—Pues bien: como era día feriado, hallé cerradas fábricas y oficinas, y por ende, en la imposibilidad de adelantar mis asuntos.... Mi respetable amigo el señor J. Armenteras, con quien hice casualmente el viaje desde Bruselas a París, me indicó entonces que podíamos dedicar nuestra forzada vacación a visitar las Ferias de los inválidos, o Exposición Industrial, que a la sazón estaba verificándose, proposición que gustoso acepté.... Fuimos allí pero estábamos de malas aquel día: la Exposición se hallaba en sus últimos momentos.... Sin embargo, quedaban aún algunos restos, y por las muestras que vi, de algunos artículos de mercancía y objetos industriales, que eran los que constituían tal Exposición, pude darme cuenta del alto valor que en el comercio y en la industria tienen el

ingenio, la inteligencia y la laboriosidad del gran pueblo francés!... Después de aquel día, sí pude dedicarme por entero a mis negocios; por las noches concurríamos a Operas, vaudevilles y cines, si bien nos era algo difícil poder comprar boletas de entrada, que se hallaban agotadas desde tempranas horas de la tarde, sobre todo en teatros y vaudevilles.

—Y eso, por qué?... No hay en esa ciudad teatros para todo el mundo?

—Sí, señor; los hay, pero París, a pesar de todos los impedimentos que en Francia han quedado como consecuencia de la guerra, para transitar por su territorio; a pesar de que era casi imposible obtener la firma de un pasaporte para penetrar en aquella Nación, como lo prueba el hecho de que el Consul francés en Barcelona negó su firma al pasaporte de un caballero antioqueño que dijo iba como turista hasta París, como lo prueba también el que yo mismo para que me concedieran el mío, necesité exhibir cartas de varias casas de comercio; a pesar de todo, la gran ciudad se hallaba repleta, literalmente repleta de gentes de todas las nacionalidades: esta la razón para la escasez de boletas de entrada a los teatros.... Mas, no sólo en París se verifica este fenómeno: todas las demás capitales de Europa sufren de plétora de visitantes.... Desocupado de mis negocios en París me dirigí hacia la frontera española, a donde llegué. Pero esto será motivo de otra charla.

—Noto, dije a Antonio, que esta nuestra última charla, que creí fuese ya una despedida, presenta cariz de prolongarse como las despedidas que nuestras damas se hacen en sus visitas, o como las de las Compañías de Teatro y Circo, que están anunciando siempre la última función!

## XII

Olvidé en mi anterior, me dijo Antonio al iniciar nuestra charla, referirle un percance de que fuimos víctima unos trescientos viajeros que íbamos de París a la frontera española....

—¿Cómo olvida usted los percances?.... Si ellos son la sal del cuento!.... Viajes sin percances es como plaza de toros a la antigua, sin uno o dos indios muertos: no tienen sabor!.... Venga el percance, pues!

—En el que nos pasó, no vaya a esperar usted novedad sensacional alguna, de esas que interesan al público lector, y a caza de las cuales andan siempre ustedes los cronistas: fue un percance que terminó sin desgracia personal, ni siquiera la de un indio muerto. Fue un descarrilamiento del tren, a causa quizá de ciertas deficiencias que han quedado en Francia, después de la guerra, en el servicio ferrocarrilero; pero el accidente ocurrió en un sitio harto pedregoso, en donde no teníamos siquiera la distracción de bajar a caminar, porque el piso no nos lo permitía. A mayor abundamiento todos está-

bamos hambrientos, pues eran más de las once de la mañana y aún no habíamos desayunado porque el tren no se había dignado parar para que satisficiéramos esa necesidad. Cuatro mortales horas pasamos en esas circunstancias, hasta que el tren silenciosamente, se puso de nuevo en marcha. Después de un rato de andar se detuvo frente a una casa y todos los pasajeros nos lanzamos fuera de los carros a sacudir nuestros cuerpos y sobre todo en busca de algo con qué calmar las fortísimas protestas estomacales.... Y oh Dios de bondad! No encontramos sino pan, únicamente pan, como si no se hubiera pronunciado desde tantos siglos há la divina palabra aquella que afirma que no sólo de pan vive el hombre....

Era de ver el espectáculo que formábamos algo así como trescientos pasajeros hambrientos, con los brazos levantados en actitud casi de mitin y abriéndonos paso para llegar a un mostrador a comprar el codiciado alimento, con la angustia pintada en los ojos por el justo temor de que nos dejara el tren allí plantados.... Pero con todo eso hubimos de conformarnos, y esto a riesgo de que nos dejara el tren....

—¿Y eso por qué?.... Luégo no dan pitazo de aviso?

—No, señor; tuve ocasión de observar esa vez que en los ferrocarriles franceses, no acostumbran tal modo de avisar.... Allá se atienden seguramente a la fijeza de las horas para los movimientos de los trenes....

—Deliciosos estaríamos aquí con esa costumbre! Especialmente nuestras damas, que creen que el tren las espera, se quedarían siempre en la Estación reclamando contra el Director, porque no las esperó hasta que se despidieran de fulanita o hasta que se pusieran la última mano de pintura.

Antonio sonrió de mi observación, y continuó:

—Cuando llegamos aquella noche a la frontera española, un himno de gratitud surgió de nuestros corazones hacia los Cielos.... Qué consolador para el viajero es el llegar al término de su viaje!.... Para mí, a lo menos, la vista de las cumbres de los altos Pirineos, me hizo sonreír!.... A las doce de aquella noche me sirvieron, en el Hotel de la Estación, una succulenta cena que me resarcía con usura de las penas de ayuno y abstinencia del día....

Con esta cena me encajé de nuevo en el tren a las cuatro de la mañana, y llegué a la que, es para mí tierra de promisión, mi hogar en Europa, la comercial e industrial Barcelona, en donde me di el gusto de descansar algunos días, después de un largo viaje de dos meses, por España, Inglaterra, Francia, Italia, Suiza y Bélgica.

—Y a qué afición especial dedicó usted esos días?

—Pues la parte de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la consagraba por afición peculiar de mi oficio, que ya se ha converti-

do en una necesidad natural, a visitar fábricas y almacenes y a hablar de comercio e industrias con los conocedores en el asunto.... Por la noche, me entregaba por entero a los cines y teatros; especialmente a los teatros, de que Barcelona está colmada, pues los hay para todos los gustos.... La comedia de costumbres satírica y risueña, que es la que más agrada a mi espíritu, es también quizá la que más aficionados y más teatros tiene en Barcelona; y fue, por tanto, mi más frecuente distracción....

Como notara yo que Antonio quería retirarse ya, lo detuve diciéndole:

—Tengo curiosidad de saber si el público que concurre a esos teatros acostumbra, como el de aquí, esos aplausos destemplados que atemorizan y aterran a los actores, esos silvos y esas palabrotas sólo admisibles en la salvaje libertad de un circo de toros, pero no en un teatro, que es por su género de más noble alcurnia, esos pataleos, esa vociferación estrepitosa y todas esas manifestaciones de aplauso o de vituperio, que son moneda corriente en nuestros teatros, y hasta en nuestros salones!

—No, señor; respondió Antonio después de algunos momentos de meditación: allá, según lo observé, en los teatros a que concurrí, se me hizo notable la compostura y la decencia del público concurrente, que ríe, es verdad, a mandíbula batiente, de los gracejos que oye en la escena; pero jamás toma

pie de ellos para manifestaciones ruidosas y tumultuarias; celebra el retruécano, aprecia el calembour y acepta con agrado los chistes subidos de color, pero no se vale de éstos para dirigir miradas intencionadas y sugestivas a las damas, ni los subraya con otra manifestación que la risa natural y legítima; tampoco se vale de las alusiones políticas, religiosas o sociales que pueda haber en el curso de la pieza representada, para acalorar y amotinar a los concurrentes... Tuve ocasión, por ejemplo, de concurrir a una función en que se daba una comedia de índole anti-socialista: el protagonista era uno de esos obreros sin trabajo, un gandul de profesión, lleno de vicios y aspirando a dominar a las multitudes y a reformar a su modo a la sociedad. La piecita se hallaba repleta de situaciones harto ridículas y cómicas para el protagonista.... Pues bien: a pesar de que la mayoría de los concurrentes estaba formada por obreros, entre quienes habría muchos a quienes les viniera el guante, no se oyó un silvo, una voz de protesta, ni otra manifestación que la risa, la risa continuada, de verdadero agrado, que provocaban los chistes de los actores.... Y esto en plena España, en propia Cataluña, en la libre Barcelona, cuna de las huelgas, forja de las bombas y patria de los alborotadores!

Y con esto dió Antonio por terminada la presente charla. Yo quedé pensando en que el milagro cívico que él acaba de referirme,

y que sin duda se debe a la educación popular, podrá alguna vez verificarse entre nosotros.

### XIII

— Como el asunto de teatro es cuestión social de reconocida importancia, pues es en ellos en donde se ponen de relieve la cultura y el gusto artístico de un pueblo, seguiré hablándole de lo que observé al respecto en los teatros de Barcelona: si en nuestra anterior charla le apunté lo de la ausencia de palabrotas y aplausos estrepitosos en asuntos políticos y religiosos, cosa que habla muy alto en pró de la ecuanimidad, serenidad y tolerancia del pueblo catalán, como no todo ha de ser miel sobre hojuelas, hoy le apuntaré algunos defectos: no vaya a creer usted que en esos teatros, una vez que se levanta el telón y principia la representación, queda el espectador atendiendo, en paz y cómodamente, a lo que pasa en el escenario, pues los concurrentes siguen entrando, (sobre todo en los días festivos, en que es como una obligación ir todo el mundo al teatro), muchas veces hasta fines de acto, y molestando con sus taconeos y con sus idas y venidas por delante de los que se hallan sentados; en segundo lugar, durante los entreactos las conversaciones se hacen generales y en alta voz, de manera que se forma un barullo ensordecedor, y tales conversaciones no cesan hasta mucho después de principiado el si-

guiente acto, lo cual impide oír las primeras escenas de todos los actos.

En mi primer viaje a Barcelona, hace quince años, me disgustó sobremanera ver una densa atmósfera de humo en los teatros que casi interceptaba la vista del escenario; (algo parecido a lo que pasa en nuestros Cines Olympia y Bogotá, por ejemplo, en donde muchos de nuestros más apuestos jóvenes hacen alarde de dudosa cultura arrojando bocanadas de humo al rostro de las damas), pero en mi último viaje tuve la grata sorpresa de ver corregida esta irregularidad; se me informó que ese progreso fue alcanzado con una campaña de Prensa al respecto y la acción tesonera de los bedeles de teatros y cines que llamaban al orden a los incontinentes fumadores.

—¿Cuántas representaciones hay diariamente?

—En los días que decimos aquí de entre semana, hay dos: por la tarde y por la noche; pero en los festivos hay tres en casi todos los teatros y cines: dos en la tarde y una por la noche: y es tal la afluencia de espectadores en las tandas de la tarde, que en algunos teatros, como en el Poliorama, tienen que poner un grueso cable a lo largo del vestíbulo que separa los que salen de una representación de los que entran a la siguiente. Este arbitrio evita los tropiezos y tumultos que indudablemente se sucederían entre los que quieren salir y los que pugnan por entrar.

—Y el precio de entrada a aquéllos, ¿es tan subido como el de aquí?... Y los concurrentes (sobre todo las señoras) tienen obligación de ir a ellos en riguroso traje de ceremonia como si fuesen a una boda.... quiero decir si allá las gentes pudientes imponen sus lujosas costumbres hasta el punto de hacer imposible la concurrencia de las gentes poco acomodadas?

—No, señor: como allá la concurrencia al teatro, cualquiera que éste sea, no es un lujo, sino una necesidad, como lo es la de comer, especialmente en los días de descanso, en los cuales todo el mundo se cree en la obligación de concurrir a algún teatro, allá no se ven esas ostentosas exhibiciones de sedas y diamantes que aquí se acostumbran, y, sobre todo, no hay lujos impuestos ni forzados: bien puede la esposa del banquero llevar sobre sí todos sus joyeles, sin que su esplendor impida sentarse a su lado a la sencilla y modesta mujer del menestral que pudo pagar su entrada y su puesto. Además, el precio de entrada está al alcance de la generalidad de los bolsillos: yo vi trabajar en el Teatro Novedades, uno de los mejores y de más alcurnia de la capital catalana, a la artista señora doña María Guerrero Díaz de Mendoza, que hoy ocupa nuestro Teatro Colón y tal lujo me costó nada más que tres pesetas la luneta; por el mismo precio he visto trabajar al eminente actor Borrás. El precio corriente en otros teatros era de pe-

seta y media y hasta menos de una peseta; es verdad que hoy han subido estos precios como un cincuenta por ciento, pero aún así resultan muy económicos.... Creo que Barcelona es la ciudad del mundo cuyos moradores se entretienen más baratamente en teatros y cines....

—Calculo que ese pueblo en que los atentados anarquistas, los crímenes sindicalistas, las huelgas y las bombas, forman el tejido de la existencia ordinaria, será muy inclinado a los lucros indebidos, a la codiciosa avidez de ganancias, a la mala fe en los negocios....

—Por el contrario, me contestó Antonio: una de las virtudes relevantes de aquel pueblo, es su alta probidad. Tuve ocasión de comprobar esto en varias pequeñas transacciones que hube de hacer allí: necesité, por ejemplo, vender algunas piezas de plata, desmonetizadas, y ocurrí al despacho de algún negociante en tal artículo, para que las avaluara; él las avaluó, pero en seguida me dijo: «Yo las he avaluado así, porque las necesito para tal objeto; pero usted puede venderlas a mejor precio en tal parte», y me dio las señas de otra oficina en donde a la verdad obtuve el más alto precio para las citadas monedas.

En otra ocasión vi, en un colmado o almacén de víveres, unos hermosísimos melocotones que tentaron mi paladar. Pregunté por su precio, respondiéndome que era el de

cuarenta céntimos; tomé uno, fui a pagar lo que se me había pedido, y el vendedor me dijo: «Lo que vale cuarenta céntimos, es la libra, no uno....» Total, que obtuve tres melocotones por lo que había pensado pagar por uno solo.

Como estos dos casos, podría referirle muchos otros que me dieron a conocer la buena fe y la honradez de aquel pueblo, en donde nadie abusó de mi aspecto de extranjero, por cierto bien conocido.

—Pues hombre, repliqué a Antonio con cierto irónico acento festivo, que tenía mucho de amargura: los moradores de la ciudad condal, con todas sus bombas, sus huelgas y sus terrorismos corren riesgo de ser desplumados en un abrir y cerrar de ojos por los inocentes polluelos de la ciudad del Aguila Negra, a quienes esta ave ha enseñado su rapacidad y ha dado sus garras y su pico!

—En otra ocasión seguiré hablándole de otras cualidades de la raza catalana, me dijo Antonio en són de despedida.

#### XIV

—Como le prometí en mi anterior, seguiré hablándole de varias cosas que llamaron mi atención en las costumbres del pueblo catalán: preguntaba yo, por ejemplo, al primer transeúnte con quien me encontraba, la dirección de una casa o sitio cualquiera a donde necesitara dirigirme, y en vez de esqui-

var desdeñosamente la respuesta, como es de costumbre en otros lugares, complaciente y amable se detenía a darme esa dirección con todos sus pelos y señales, y muchas veces, no satisfecho con ésto, se ponía a mis órdenes para conducirme; y todo esto lo hacía con tan noble desinterés, que yo acostumbrado ya a otros usos, quise remunerar estos servicios, pero siempre me fue rechazada la remuneración....

—Pueblo generoso y noble!.... Yo creía que, por ser tan comercial e industrial, se rigiese también por el sórdido lema del *time is money*; pero lo veo tan desinteresado, tan hospitalario, tan humano, que estoy perdiendo miedo a sus huelgas y terrorismos!.... Y dígame, Antonio: ¿ese pueblo, en sus explosiones sindicalistas, no se entretiene, como en parte lo hace el nuestro, en destruir jardines, monumentos y demás bienes de la comunidad?

—Por el contrario, respondió Antonio con entusiasmo: es tan respetuoso de todo lo que pertenece al público, que allá no hay necesidad de agentes de policía, como la hay aquí, para cuidar de la conservación de las obras públicas. Una noche, verbigracia, estaba yo sentado en una de las muchas sillas que hay en las Ramblas y Plaza de Cataluña, junto con un amigo barcelonés, y se me ocurrió preguntarle si no habría riesgo de que se robaran aquellas sillas o las dañaran!

—Y quién habría de robarlas o dañarlas!

me contestó con viveza el barcelonés.... ¿No ve usted que son para el servicio del público? Pues el público es el primer interesado en la buena conservación de todo lo que le pertenece!

Igual cuidado e idéntica probidad exhiben los barceloneces con las propiedades particulares de las cuales tiene que hacer uso el público; por ejemplo: en algunos bares y cantinas existen unos aparatos automáticos para escanciar licores y otras bebidas a los compradores, sin intervención directa del vendedor y mediante el movimiento de una llave, y arrojando una monedita por el orificio de un buzón; el líquido solicitado surge inmediatamente, y el comprador lo recibe en un vaso que encuentra al lado. Pues bien: no hay comprador alguno que tenga siquiera la intención de dañar tales aparatos, de robarse las llaves, de introducir monedas falsas, ni de ejecutar acción indebida alguna que pueda dañar aquello cuya conservación interesa a todos; por el contrario, se cuida con esmero hasta del aseo del vaso, que el comprador que acaba de hacer uso de él tiene el cuidado de lavar en otro aparato especial para esto. Nada de Policía, nada de vigilancia, se necesita para que el público cumpla estos deberes de decencia, de humanidad.

—Hasta de propio egoísmo! interrumpí yo, entusiasmado con aquella relación de Antonio, que me pintaba, en estos rasgos senci-

llos, un pueblo culto, verdaderamente humano, educado para engañar sabrosamente en la vida social, y me hacía recordar con tristeza y amargura las mil faltas de ciertas gentes de aquí en esta materia: la destrucción de la verja del Parque de los Mártires en una noche de cólera popular, el robo de los pilares que adornaban el puente Restrepo, en una hora de maldad estúpida y salvaje, el robo de las tapas de los registros del Acueducto, de las placas metálicas o de mármol que adornan puertas y monumentos, el abandono hasta hace poco tiempo de nuestros parques y jardines, el daño de las estatuas, la destrucción y extinción de los bombillos que iluminan nuestras calles; y, por último, recordé también, para mayor vergüenza, la pérdida de pupitres y otros muebles que figuraron en nuestros congresos y oficinas, y hasta la de algunas lujosas vidrieras que antes adornaban los muros y puertas de la Quinta de Bolívar, pupitres, muebles y vidrieras que es posible existan todavía.... pero en otras manos.

Después de unos momentos de silencio, Antonio continuó:

—La costumbre de llevar la derecha en nuestra vía, que aquí ha encontrado tanta resistencia, es una necesidad allá: los que vamos de estas tierras, mal acostumbrados como estamos a la entrada, no más, a alguna de esas ciudades, si tomamos la izquierda, nos vemos envueltos entre una corriente que nos

aturrulla, nos empuja hacia atrás, nos aniquila a tropezones y nos obliga, por último, a tomar la derecha.... Los pordioseros, que aquí hieren nuestra vista, olfato y oídos con su presencia fétida y desaseada y con sus cantos doloridos y mentirosos, tienen allá sistema más aceptable y culto: se forman en bandas musicales delante de las puertas de Cafés, paseos y demás sitios concurridos, ejecutan algunas piezas, bastante agradables a veces, y luégo, por lo general un niño de entre ellos, extiende el platillo para recoger las limosnas de los concurrentes.... Parece que el aseo de las personas y de los vestidos es una ley general en todas las ciudades de Europa: allá, por ejemplo, no se ve obligado el transeúnte a variar de rumbo en una calle para evitar el mal olor que va dejando alguien que marcha adelante y todos presentan, si no aspectos de personas acomodadas, sí el de gentes aseadas y cuidadosas de sus personas y vestido.... Todas estas cosas se deben indudablemente a una educación persistente, tenaz, seguida con tesón en cada hora y en cada momento: creo que, entre nosotros, desde el señor cura al enseñar a las gentes los deberes religiosos, hasta los periodistas y conferencistas, al hablarle de sus derechos, debieran extenderse en enseñanzas acerca de los deberes que ellas tienen para con su persona y vestidos, y especialmente para con el derecho ajeno. Si se emprendiera por conferencistas, perio-

distas, maestros de escuela y Ministros del altar, una campaña de educación cívica, pero una campaña de toda hora y en todos los tonos, no hay duda de que se conseguirían magníficos resultados, pues nuestro pueblo es de muy buena índole y lo que le ha faltado en parte, a la dirección adecuada.

Y ahora, para terminar esta especie de panegírico que se me escapado acerca de Barcelona, le apuntaré un pequeño dato que pinta las facultades industriales y el ingenio de aquel pueblo: en la primera visita que hice a Barcelona se fabricaban paraguas y corséts, pero tenían que importar de Alemania las varillas y otros adminículos indispensables para su fabricación. Pero esto con motivo de la última guerra, la importación de tales adminículos cesó, y como la necesidad es madre de la industria, los barceloneses, en vez de dar término a la fabricación y comercio de paraguas y corséts, se dieron maña de fabricar también las varillas y demás adminículos que antes importaban de Alemania; por lo cual los citados artículos son hoy de completa fabricación barcelonesa.... Y con esto, me permito poner punto final a este capítulo, y desear a usted las buenas noches!

Y diciéndonos hasta mañana, nos separamos.

XV

—Para que usted tenga idea de la prosperidad que tiene el periodismo en España le referiré un caso: subía yo un día por la Rambla, y vi que todos los que venían en sentido contrario, traían ya su ejemplar del *A. B. C.*, uno de los diarios más notables de la Península y en mi sentir el mejor servido; su edición no baja de ciento setenta y cinco mil ejemplares y paga colaboradores de la talla de doña Emilia Pardo, Zalaberría, Ortega Munilla y otros, cuyas plumas cobran caro sus preciosos e inteligentes garabatos. Al ver el periódico en tantas manos, recordé que yo no tenía el mío, y lo pedí al primer voceador que encontré; fui a pagar su valor, que era el de cinco céntimos, un centavo de nuestra moneda, y el vendedor me dijo que aquel día se repartía gratis el citado diario. Sorprendido y admirado por este *derroche*, pregunté más adelante a un amigo cuál sería la causa de tal generosidad y cómo podrían darse tal lujo los directores de *A. B. C.*, y el amigo me respondió:

—Cuando se descarrila el tren, o por cualquier otro motivo sufre demora, como no se alcanzarían a vender todos los ejemplares, los directores resuelven regalar el periódico a fin de que los anunciadores no sufran perjuicio alguno: los anuncios pagan perfectamente la edición y todos los demás gastos, dejando, además, un buen rendimiento a la Empresa.

Esta respuesta me hizo pensar en el gran valor que tendrán esos anuncios, cuando bastan para pagar los altos gastos de edición, colaboración, dirección, etc., de dicho periódico.... Después de algunos momentos de interrupción de nuestra charla, Antonio la reanudó así:

Otro hecho me dio a conocer la cultura, el patriotismo y el espíritu de tolerancia del pueblo catalán. Fue en una corrida de toros en donde tuve ocasión de admirar estas virtudes: era en julio de 1920; el simpático, agraciado y demócrata Monarca español don Alfonso XIII se hallaba de visita en Barcelona; entre los números del programa de los festejos que la ciudad debía celebrar en honor de su Rey, figuraba una corrida de toros: yo tuve la fortuna de concurrir a ella y de poder admirar el derroche de arte, de gracia y de esplendor con que el Circo estaba preparado; cuando el sencillo y bondadoso Monarca llegó allí, trajeado de americana y sombrero canotíe, sin insignias ni condecoraciones ni séquito ni distinciones de clase alguna, los veintiséis mil espectadores que caben en el circo se pusieron de pie, como tocados por un resorte mágico, como un solo hombre, para saludar con frenético entusiasmo, con la boca, con las manos, con sombreros, bastones y pañuelos, al célebre Monarca español.... Ni el regionalismo, ni las pasiones políticas, ni las fiebres sindicalista y terrorista, que son, en parte, los sentimien-

tos que imperan en la sociedad barcelonesa, tuvieron la más leve manifestación en aquella popular, cordial y espontánea ovación que se hizo a Don Alfonso!.... No fue Barcelona, la ciudad de las bombas ni de las huelgas, la que saludó a su Rey: fue el espíritu español, con su nobleza, valor y patriotismo seculares, el que ovacionó a la España grande y poderosa, en la persona de su fiel y conspicuo representante!.... Don Alfonso correspondió a esta ovación, con la gracia, amabilidad y seductor dón de gentes, que le son peculiares.... Pero, si la ovación fue grande, el agraciado la merece: qué Rey aquél tan simpático, tan sencillo y tan señor! Permaneció nada más que una hora en el circo, pues tenía que concurrir a los otros festejos que se le hicieron y carecía de tiempo para ello; pero durante aquella hora sus manos se multiplicaban para oprimir las de mil personas que hasta él se acercaban; sus sonrisas, sus miradas y sus gestos agraciados y oportunos le sirvieron para responder a todos los que se le dirigían y para ganar corazones!.... Grato en verdad es el recuerdo que conservo de aquella fiesta, en que vi cómo la tolerancia, el patriotismo y la cultura son los medios más eficaces para unir a los hombres y engrandecer las Patrias.

Antonio calló, y él y yo quedamos meditando y pensativos por algunos momentos, pasados los cuales él prosiguió:

—Por desgracia, todo acaba en la vida, y

el 14 del citado julio, hube de decir adiós a Barcelona y de poner punto final a mi viaje por Europa. Me embarqué en el *Antonio López* y al subir a cubierta encontré a mi amigo y compatriota don Luis Jorge Sánchez, también de regreso para Colombia, con quien, naturalmente, me uní como inseparable compañero en la travesía. Pasamos por las ciudades de Valencia y Málaga: en esta última se embarcó un matrimonio al parecer pacífico y bien unido; pero no bien levadas las anclas para salir de Málaga, oyóse sobre cubierta un escandaloso alboroto, una grito fenomenal; acudimos a curiosear el motivo de aquello y supimos por boca de la señora de aquel matrimonio, que la causa de sus querellas y sollozos era la pérdida de un cofre en que llevaban seis mil duros, y que su esposo había quedado en tierra con el objeto de buscar tal cofre. Esta señora, ya de alguna edad, tenía una voz estentórea y bronca, daba mil gritos y ahullidos, y hablaba hasta por los codos, de modo que no calló hasta que desembarcó en Santa Cruz de las Palmas, en donde tuvimos la fortuna de descansar de sus alborotos.... Después supimos que lo de la pérdida del cofre había sido mero ardid de su pobre y mártir esposo para libertarse de ella!.... Pasamos por Cádiz el 18, y desembarcamos allí, para despedirnos del doctor Pérez Sarmiento, nuestro Cónsul en aquella ciudad: fuimos como en nuestra primera visita, el objeto de los aga-

sajos y atenciones del doctor Pérez Sarmiento y de su primorosa familia, a quienes Dios conceda siempre prosperidad, paz y tranquilas alegrías!... Lástima que no hubiéramos podido detenernos a la fiesta con que el doctor Pérez iba a solemnizar el gran día de nuestra Patria, y a la cual él nos invitó con insistencia; pero el pito del barco no entiende de estos sentimentalismos patrióticos y hubimos de ceder y sacrificar nuestros deseos de asistir a tal fiesta, ante la consigna de los viajeros, que les dice siempre Adelante!...

El mismo 20 de julio, mi amigo el señor Sánchez y yo dirigimos, desde el barco, un aerograma al doctor Pérez Sarmiento, como saludo a la Patria, aerograma que nos fue contestado el mismo día, en que se nos decía que nuestro saludo había sido recibido en el banquete, justamente a la hora del champaña... Este aerograma, en que nuestra Patria era el principal móvil, fue para mí el postrer hálito de aquella Europa que dejaba, es decir, la Patria y el mundo encerrados dentro de una cuartilla de papel!

Así acabó Antonio su sencilla pero pintoresca relación, de viajero modesto e inteligente.

## XVI

—Creo que usted no ha terminado la relación de su viaje, dije a Antonio, pues supongo que no se quedaría a vivir en el barco que lo trajo de España....

—¿Y qué más quiere que le diga?, me respondió.

—Desearía saber cómo se manejan esos barcos españoles y, en fin, algunas otras peripecias de su regreso a Colombia.

—Pues hombre: nada mejor que la navegación en los barcos españoles: a lo menos la mía, en el *Antonio López*, fue magnífica! Nunca había tenido yo alimentación más abundante, succulenta y espléndida; las comidas ordinarias del día son continuados banquetes, no faltando en ellas jamás los vinos exquisitos; los jueves y domingos se agrega la deliciosa champaña.....

Cuando esto me decía Antonio, yo, como buen goloso, castañeteaba la lengua, como si estuviera catando aquellos licores!

—Pero no se provoque tanto usted, me dijo Antonio, que todo cansa en la vida: a los veinte y tantos días de navegación, que tuvimos que sufrir hasta nuestra llegada a Puerto Rico, pintoresca isla perteneciente hoy a los norteamericanos, ya nos hastiaba aquella rica alimentación y aquel sabroso champaña; le digo más: soñábamos con una mazamorra de éstas de nuestra tierra!.. Al llegar a Puerto Rico, un culto Oficial del *Antonio López*, nos dijo:

—Ahora sí despídanse de los licores: mientras permanezcamos en Puerto Rico y estemos en aguas norteamericanas, nos está prohibido el uso de éstos; la ley seca nos condena a la temperancia!

Y efectivamente: un Oficial norteamericano subió a nuestro barco y se instaló en los comedores, a fin de vigilar el estricto cumplimiento de la citada ley. Este Oficial tiene derecho a recibir alimentación en el barco durante toda su permanencia en él, y su presencia impide en verdad el uso de alcoholes, inclusive la higiénica cerveza en los comedores; pero en cambio, en los camarotes, hasta los mismos norteamericanos se dispensan la libertad de pecar a todo gusto contra los graves mandatos de la ley seca, y consumen todas las bebidas alcohólicas que furtivamente y a precios exorbitantes, les venden los mismos camareros de los barcos que allí llegan. Pues ha de saber usted que la ley seca, como todas las de su clase, se presta a mil contrabandos, trampas y chicanas que enriquecen a los que saben explotar estas leyes prohibitivas....

—Por allá con la ley seca y aquí con la de cierre de chicherías, creo que pasará igual fenómeno, interrumpí; con la diferencia de que por allá se bebe champaña en los camarotes, y aquí se beberá chicha y aguardiente, en las trastiendas y debajo de los mostradores....

Antonio, como lo tiene de costumbre, pasó por alto mi observación, sonrió levemente a su modo, y prosiguió:

—Olvidaba referirle un episodio conmovedor: al entrar el barco a la hermosa bahía de Puerto Rico, entre muchos bellos edificios

levantados allí, se ve descollar un convento de monjas; pues bien: así que se acerca al puerto una nave española, y durante el tiempo que ella tarda en pasar por frente al convento, se enarbola en éste una bandera española, a guisa de saludo que las religiosas encerradas allí, dirigen a la embarcación que representa para ellas a la Patria lejana, saludo que bien puede traducirse también por una muda protesta contra la violencia y rapacidad con que los yanquis arrebataron al poder español aquella isla.... Sea lo que fuere, las autoridades norteamericanas dejan subsistir aquella costumbre como si no la vieran.

—Lástima, torné a interrumpir, que con la muerte del buen caballero don Carlos José Espinosa, haya desaparecido también el pabellón nacional enlutado que él exhibía a la puerta de su mansión desde el rapto de Panamá.... Estas protestas mudas, como la de las monjas del convento de Puerto Rico, como el pabellón enlutado de Carlos José, son en un principio débiles gemidos de la justicia aherrojada y amordazada, pero acaban por ser oídas por toda la humanidad.... Yo confío siempre en las protestas mudas, siempre que sean sostenidas y persistentes!

—En Puerto Rico, continuó Antonio, quedaron muchos de los pasajeros que venían en el *Antonio López*, lo cual fue una gran fortuna para los que seguimos en el barco, pues olvidaba decir a usted que éramos

tántos, que en un solo camarote estábamos instalados hasta cuatro, lo cual hacía bastante incómoda la travesía, especialmente para la hora de dormir, por el calor de hornilla que nos asaba....

—¿Y conoció usted la ciudad? pregunté.

—No, señor: las autoridades yanquis no permiten desembarcar allí sino a los viajeros que vayan directamente a la ciudad, aunque el barco no lleve patente sucia; cosa incomprendible y por demás cruel, para los habitantes de la población, que, antes de la dominación americana, derivaban muchos beneficios del comercio y relaciones que sostenían y cultivaban con los pasajeros de los barcos que allí llegaban.

—*Vae Victis*, exclamé. A todas estas, estoy pensando en Panamá! Cómo les irá a esos queridos negros!

—Después de algunos días de navegación, llegamos a la Habana, pero tropezamos con una huelga de estivadores que había estallado allí; con este motivo nos detuvimos ocho días en esa bella y populosa ciudad; íbamos de vez en cuando a tierra, pues el barco ancla a alguna distancia del muelle.... La Habana es la ciudad de los automóviles, de los cuales hay en uso cerca de catorce mil; parecióme exagerado este número, pero luégo en una ocasión, pude ver sobre uno el número 13600, y hube de convencerme.... Las calles son un verdadero hormiguero de autos. Pero si es la ciudad de los automóviles, tam-

bién lo es, o lo era en aquel tiempo, de los precios subidos para todas las cosas: estuve averiguando los de las mercancías y me parecieron altísimos; el jornal de un obrero llega hasta cinco dólares, lo cual hiciera creer en el fácil enriquecimiento de los obreros en aquella isla, si el infeliz, en cambio, no tuviera que gastar esos mismos cinco dólares en vivienda, alimentación y vestuario. Uno de los artículos que juzgué más barato fue la leche, y eso que un vaso valía veinte centavos oro, de acuerdo con la moneda americana, que es la que circula a la par con la nacional, en la isla.

Como llegamos allí en tiempo de fiebre eleccionaria, nos entretuvimos en fojear algunos diarios y en leer los candentes y pro-caces insultos que se arrojan unos a otros los contendores, como proyectiles envenenados: todavía conservo en la memoria un suelto que decia poco más o menos así: «Los miguelistas proyectan una jira eleccionaria por la provincia de Matanzas. Tengan mucho cuidado con sus familias e intereses los habitantes de esa región, etc., etc.» Porsupuesto que los adversarios no se quedaban cortos en sus respuestas. Este lenguaje de plaza de mercado me hizo recordar los tiempos de Juancho Uribe, Pacho Carrasquilla y otros escritores de ese calibre.

—Tiempos que ya han pasado por fortuna con la libertad de imprenta, generadora de cultura y civilidad, dije a Antonio.

El aprobó con entusiasmo y agregó:

—La humanidad progresa padeciendo....!  
Y nos separamos.

## XVII

—Debo agregar, me dijo Antonio, para dar principio a su charla, que no todos los periódicos habaneros usan ese lenguaje hiriente y mordaz de que le hablé anteriormente: existe allí como en toda ciudad culta, una Prensa seria y elevada, que trata todas las cuestiones con criterio sano, honrado y patriótico y en lenguaje decente y señoril. Entre estos últimos diarios figuran *La Discusión* y *El Diario de la Marina*, que son honra de la Prensa castellana; el último de estos dos, especialmente, es un diario de gran formato y de crecido número de columnas, que, por la nutrida información mundial que contiene, por el alto criterio que informa sus artículos y por el tono culto con que trata todos los asuntos, como también por los grandes gastos que hace en su edición, pues se da el lujo de hacer transmitir por cable artículos importantes de otros periódicos, hasta de tres y más columnas en ocasiones, puede parangonarse con los mejores diarios de las más populosas capitales americanas.... De la Habana salió nuestro barco a Colón, a donde llegamos después de dos días de navegación; durante esta travesía me relacioné con un caballero panameño, que tornaba a su patria después de haber servido un puesto consular

de la pseudo República de Panamá en España. Este señor gustaba mucho de hacer reminiscencias de Colombia y especialmente de Bogotá, en donde se había educado; hablándome de la separación de Panamá, me decía que los colombianos habían manejado con poco tacto aquel asunto, que con un poco de buena voluntad se hubiera podido lograr la reincorporación de Panamá; que era lástima que no se aprovechara la presente época, en que todavía quedan en Panamá restos de las viejas y de las presentes generaciones que conservan aún cariños que las ligan a Colombia, para lograr tal reintegración; en fin, él me hablaba con su criterio de panameño, pero en el fondo de su conversación se descubrían las amarguras producidas por la nostalgia de su vieja Patria.

Como nuestro barco permaneciera tres días en Colón, aproveché la ocasión para trasladarme a Panamá: allí tomé un auto para visitar la ciudad; lo paseé y miré todo, las esclusas, el Hospital de Ancón, las quintas de los americanos en que la higiene y el confort fraternizan admirablemente y a perpetuidad, los prados y las arboledas hermosamente cuidados, en los cuales se ve la mano norteamericana.

—¿Y ha progresado mucho Panamá? pregunté.

—La ciudad, me respondió Antonio, está hoy formada por dos barrios o cuarteles, perfectamente distintos, el uno habitado y

cuidado por los norteamericanos y el otro por los aborígenes de Panamá, y cualquier viajero puede distinguir, a primera vista, el uno del otro; el primero, hermoso, higiénico, confortable, verdadera ciudad con todos los requisitos necesarios para hacer agradable la vida, en tanto que el segundo poco progresa.

Preguntaba yo al dueño y conductor del auto acerca de varias cosas referentes a Panamá, y entre ellas sobre la personalidad del actual Presidente, a lo cual me respondió que lo era el doctor Porras, personaje muy ilustrado, casi un sabio, pues que, agregó con énfasis, había sido educado en el Colegio del Rosario, de Bogotá. Esta énfasis me hizo recordar que el caballero panameño, de quien le hablé antes, también se llenaba de orgullo al decirme que él había sido educado en el mismo Colegio del Rosario, bajo la dirección del doctor Carrasquilla; lo que prueba que aún hay rescoldo bajo aquellas cenizas, y que Colombia no fue para los panameños la madre desnaturalizada a quien desconocieron ingratamente en desgraciado día. También me refirió el mismo señor que había servido en nuestra última revolución, a órdenes del General Benjamín Herrera.

Las últimas palabras de Antonio llegaban a mis oídos como rumores de ruidos lejanos. Desde que él pronunció el nombre de Porras, de Belisario Porras, mi amigo de los viejos tiempos, toda mi alma se trasladó hacia aquella edad: los claustros de la Candelaria, de

San Bartolomé y el Rosario, alegres, animados y simpáticos, colmados de vida, de sueños y de risas, volvieron a presentarse ante mis ojos, hoy ya sin luz, y en esos claustros, entre mil queridos condiscípulos, y amigos, alcancé a vislumbrar las inquietas y simpáticas siluetas de tres panameños a quienes recuerdo siempre con cariño: Santiago de la Guardia, Carlos Mendoza, Belisario Porras!.... ¿Por qué el zarpazo de un pirata vino a romper el lazo, que yo creía tan vigoroso, que a ellos me unía? De entre estos mis recuerdos me sacó Antonio con la continuación de su relato, que decía:

—En la Habana había tenido las primeras noticias acerca de la baja del café y del mal estado de los negocios; noticias que me fueron confirmadas en Panamá. Al llegar a Puerto Colombia me encontré con muchos amigos y relacionados que me las repitieron en tono de alarmante gravedad y que me aconsejaron suspendiera todo pedido o compra que yo hubiera hecho; acepté el consejo pero no lo seguí hasta no llegar a Bogotá, a fin de poder convencerme de la verdad de tales noticias. Y no tuve por que arrepentirme de mi determinación, pues vi que en esta capital la crisis era menos alarmante que en la Costa y Antioquia.

A mi llegada a Barranquilla tuve la suerte de encontrar puesto en el vapor correo que salía al día siguiente, y la más buena aún de que en el mismo buque venía el señor Pine-

da López, de decisivas influencias en la navegación del Bajo Magdalena, y a las cuales, como a la cultura, amabilidad y modales distinguidos de tan caballeroso señor, debimos quizá la más feliz y correcta travesía del río. Llegué al fin a Girardot, en donde me esperaba mi familia, con la cual, después de los efusivos y cariñosos saludos y abrazos de los que se aman y tornan a encontrarse después de haber estado separados emprendimos viaje para Bogotá, a donde llegué, sano y salvo....

—Y gordol, le interrumpí.

—Al cabo de un año de ausencia, terminó él.

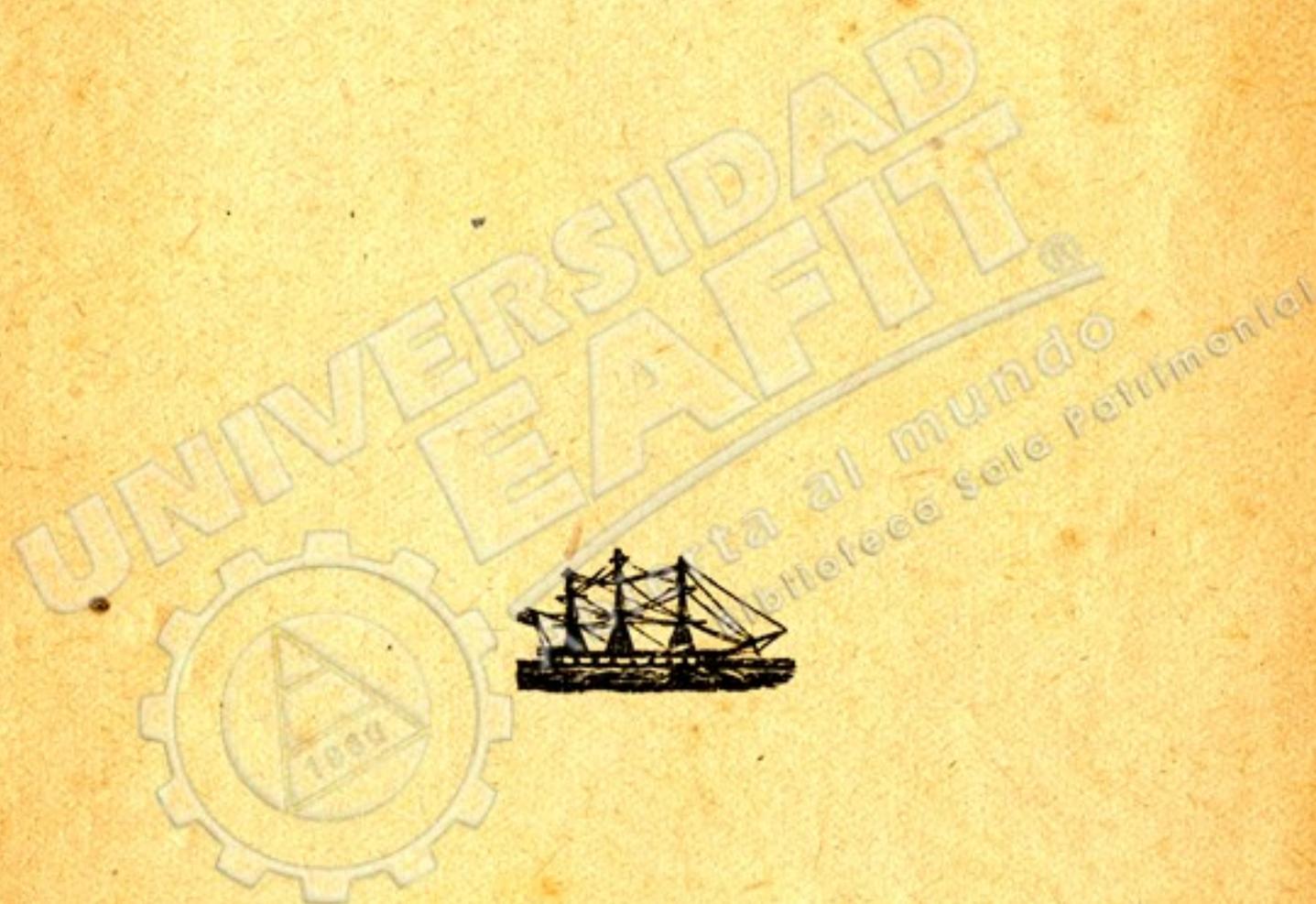
Después de algunos momentos de silencio y cuando ya íbamos a despedirnos, agregó:

—No terminaré estas charlas sin dejar constancia de mi cariñoso recuerdo para todos los amigos que contribuyeron a hacerme la vida agradable en el extranjero entre los cuales citaré a los señores Víctor Gómez, Luis Jorge Sánchez, José, Marcos, Adolfo y Santiago Armenteras, a mi antiguo y fiel amigo José Mataix y Abad y su primorosa familia, al doctor José Manuel Goenaga, al señor D. José María Pérez Sarmiento y a sus honorables familias, a Madame Dulac y sus señoritas hijas y muchas otras amadas personas cuyos nombres no citaré por no prolongar demasiado estas charlas, y a cuyas exquisitas atenciones y galanterías debo un

año de contento y de viajero feliz. Para todos ellos va mi gratitud mientras yo viva.

—Lástima que estas charlas se acaben!, exclamé.... y nos despedimos.

JULIAN PAEZ M.



UNIVERSIDAD  
EAFIT

Abierta al mundo  
Biblioteca para el patrimonio



**SALA DE PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**  
Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas

**FAES**

**BIBLIOTECA**  
**Universidad EAFIT**



100155238

UNIVERSIDAD  
FEAFIT®

Abierta al mundo

Biblioteca Sala Patrimonial

